



El Retrato

Nicolás Gogol



PRIMERA PARTE

EN NINGUNA PARTE SE DETENÍA TANTO PÚBLICO como delante de la tienda de cuadros de Schukin Dvor. Dicho establecimiento ofrecía, en verdad, el más heterogéneo conjunto de genialidades. Los cuadros, en su mayoría pintados al óleo y recubiertos luego de barniz verdinegro, tenían marcos pretenciosos de color ocre. Los temas habituales eran un paisaje invernal con los árboles blancos, un crepúsculo totalmente rojo como el resplandor de un incendio, un campesino flamenco, más parecido a un pavo con puños almidonados que a una persona, con el brazo arqueado para sostener su pipa... También había algunos grabados como, por ejemplo, un retrato de Jozrev-Mirzá y otros de generales con tricornio y la nariz torcida. Por si fuera poco, a la puerta solían colgar ristras de obras recortadas en corteza de árbol y pegadas en grandes folios, testimonio del talento innato del hombre ruso. Una representaba a la zarina Miliktrisa Kirbítievna y otra la ciudad de Jerusalén, por cuyas casas e iglesias había pasado una tromba de pintura roja, abarcando parte del suelo y a dos campesinos rusos que oraban con las manoplas puestas.

Los compradores de estas obras suelen ser pocos, pero en cambio hay multitud de mirones. Las contempla con la boca abierta algún criado desaprensivo que lleva en un portaviandas el almuerzo que ha sacado de la fonda para su amo, quien, de seguro, no comerá la sopa muy caliente. Antes que él las han contemplado, sin duda, aquel soldado del capote, rey del baratillo, que vende dos cortaplumas y aquella vendedora de Ojtá, cargada con una caja llena de zapatos. Cada cual se admira a su manera: los *mujiks* suelen señalar con el dedo; los señores adoptan una actitud grave; los recaderos y los aprendices de menestrales se ríen y se burlan unos de otros, comparándose con las caricaturas allí pintadas; los lacayos viejos, uniformados con capotón de frisa, miran tan sólo para quedarse embobados en alguna parte; en cuanto a las vendedoras, jóvenes mujeres rusas, acuden por instinto para escuchar lo que parlotea la gente y mirar lo que miran los demás.

Por entonces se detuvo delante de la tienda el joven pintor Chartkov, que iba de paso. El abrigo tazado y el traje sin pretensiones pregonaban al hombre dedicado de lleno a su trabajo y falto de tiempo para ocuparse de su indumentaria, aunque ésta ejerce siempre una misteriosa sugestión sobre los jóvenes. Se detuvo, pues, delante de la tienda y primero se rió para sus adentros de aquellos monstruosos cuadros, pero al fin se puso insensiblemente a cavilar, preguntándose a quién le harían falta tales obras. No le sorprendía que el pueblo ruso se embelesara viendo los *Eruslán Lázarevich*, *los tragapanes* y *tragavino* o los *Fomá* y *Erioma*, pues los sujetos representados eran comprensibles y estaban muy al alcance de su entendimiento. Pero ¿dónde podían estar los compradores de aquellos abigarrados y sucios esperpentos al óleo? ¿A quién podían interesar aquellos campesinos flamencos y aquellos paisaies en rojo y azul celeste que, pretendiendo ser un paso adelante en el arte, sólo expresaban lo profundo de su envilecimiento? Y no podían ser obra de un ado-

lescente autodidacta. En ese caso, algún destello brioso habría brotado en medio del conjunto insensible y caricaturesco. Pero lo que allí se descubría era sencillamente cerrazón mental y una ineptitud impotente y decrepita que se había colado de rondón en las filas del arte cuando su lugar estaba entre los bajos oficios; una ineptitud que, sin embargo, se mantenía fiel a su vocación y que introducía su oficio en el arte. ¡Eran los mismos colores, la misma factura, la misma mano rutinaria y chabacana, más propia de un autómatas toscamente ensamblado que de un ser humano!... Chartkov permaneció un buen rato ante aquellos cuadros sucios, al final sin pensar siquiera en ellos, mientras el dueño de la tienda, un hombrecillo gris, con abrigo de frisa y barba sin afeitar desde el domingo, llevaba ya tiempo haciéndole el artículo de su mercancía y barajando precios, aun antes de enterarse de si le había gustado algo o de lo que, buscaba.

—Mire: por estos *mujiks* y el paisaje, veinticinco rublos. ¡Qué pintura! ¿Eh? ¡Es que se mete por los ojos! Recién traído de la bolsa. Todavía no se ha secado el barniz. O, si no, vea este invierno. ¡Llévese el invierno! Quince rublos. Sin hablar de lo que vale el marco... ¡Mire usted qué invierno! —aquí, el comerciante pegó un leve papirotazo en el lienzo, probablemente para demostrar toda la solidez del invierno—. ¿Manda usted que los ate juntos y le acompañe el dependiente para llevarlos? ¿Tiene la bondad de darme su dirección? ¡Eh, chico, trae una cuerda!

—Un momento, amigo. No corras tanto —lo atajó el pintor, recobrándose al ver que el avisgado comerciante se disponía ya en serio a atar los dos cuadros.

Sin embargo, le cohibía un poco no llevarse nada después de haber pasado tanto tiempo en la tienda, y añadió:

—Pero aguarda un poco; veré si hay algo por aquí que me convenga.

Se inclinó y empezó a remover viejas pinturas polvorientas y descascarilladas arrumbadas en el suelo porque, evidentemen-

te, no gozaban de ningún fervor. Había retratos antiguos de personajes de cuyos descendientes quizá se hubiera perdido ya todo rastro, figuras totalmente desconocidas sobre lienzos desgarrados, marcos que habían perdido el dorado... En una palabra, todo lo que iba desechándose. Pero el pintor les pasaba revista mientras pensaba que quizá descubriría algo interesante. Más de una vez había oído contar que, en establecimientos por el estilo, fueron hallados, entre los cuadros arrinconados, obras de grandes maestros.

Al ver lo que se había puesto a revolver Chartkov, el comerciante dejó a un lado su obsequiosidad y, recobrados el empaque y la actitud habituales, volvió a asomarse a la puerta para invitar a los transeúntes, con amplio ademán, a que entrasen en la tienda.

—Por aquí, caballero, vea los cuadros. Pase usted, pase. Acabo de recibirlos de la bolsa.

Cansado al fin de gritar, inútilmente por lo general, y después de echar una larga parrafada con un ropavejero, apostado también, frente por frente, a la puerta de su tiendecilla, el comerciante recordó que tenía a un parroquiano en su establecimiento. Volvió la espalda a la calle y regresó al interior.

—¿Ha elegido usted algo, caballero?

Pero el pintor llevaba ya cierto tiempo detenido ante un retrato cuyo marco, grande y probablemente suntuoso en otra época, sólo conservaba vestigios opacos de lo que fue dorado.

Representaba a un viejo de rostro enjuto y bronceado, con los pómulos salientes. Las facciones parecían haber sido captadas en un momento de febril contracción y respiraban una fuerza que no era la de un temperamento nórdico. Vestía un holgado atuendo asiático. Aunque el retrato estaba muy deteriorado y polvoriento, a Chartkov le bastó limpiar el rostro para descubrir el trazo de un gran maestro. Aunque el retrato parecía inconcluso, sorprendía el vigor de la pincelada. Lo más extraordinario eran los ojos, donde el artista parecía haber empleado toda la

energía de su pincel y todo su afanoso bien hacer. Los ojos miraban; sí, miraban sencillamente desde el retrato, cuya armonía parecían destruir con su vitalidad. La fuerza de la mirada se acentuó cuando llevó el retrato hacia la puerta y produjo la misma impresión en la gente. Una mujer que se había detenido detrás de Chartkov retrocedió gritando: ¡Me mira! ¡Está mirándome! Chartkov experimentó una desagradable sensación que no habría podido explicar y dejó el retrato en el suelo.

—¡Pues claro! Llévase el retrato dijo el comerciante.

—¿Cuándo vale? —inquirió Chartkov.

—Le haré un buen precio: setenta y cinco *kopeks*.

—No.

—Bueno, ¿cuánto ofrece usted?

—Veinte —contestó el pintor, dispuesto a marcharse.

—¡No lo dirá en serio! ¡pero si sólo el marco vale más! ¿O es que piensa dejar la compra para mañana? Echele por lo menos diez *kopeks* más. Está bien, está bien; aquí lo tiene, y vengan los veinte *kopeks*. Le aseguro que lo hago sólo por estrenarme, por ser usted el primer comprador...

Acompañó sus palabras con un ademán que parecía decir: “¿Qué le vamos a hacer? Esto es regalar el cuadro”.

De esta manera totalmente inesperada adquirió Chartkov el retrato antiguo, al tiempo que se decía: “¿Para qué lo habré comprado? ¿Qué falta me hacía?”. Pero ya no tenía remedio. Sacó del bolsillo los veinte *kopeks*, que entregó al comerciante, y se marchó con el retrato debajo del brazo. Por el camino cayó en la cuenta de que la moneda de veinte *kopeks* de la que se había desprendido era la última que le quedaba. Sus pensamientos se ensombrecieron de pronto, y al instante lo embargó una sensación de contrariedad y de vacío indiferente. “¡Demonios! ¡Esta vida es un asco!”, rezongó con la rabia del ruso a quien le marchan mal las cosas. Y, de modo casi automático, aceleró el paso, ajeno a cuanto lo rodeaba. El resplandor rojo del crepúsculo

vespertino teñía aún la mitad del firmamento, y los edificios orientados hacia el poniente refulgían todavía levemente bajo su caricia; pero, entre tanto, iba cobrando fuerza el aterido fulgor azulado de la Luna. Sobre la calle se extendían, en largos brochazos, las livianas sombras, casi translúcidas, que proyectaban las casas y los transeúntes. El pintor empezaba ya a contemplar de vez en cuando el cielo, iluminado por una claridad diáfana, sutil y desvaída, y de sus labios brotaron, casi simultáneamente, dos exclamaciones: “¡Qué tonalidad tan delicada!” y “¡Demonios, qué contrariedad!” Y aceleró el paso, sujetando mejor el cuadro, que a cada momento se deslizaba debajo de su brazo.

Fatigado y sudoroso, llegó por fin a la Línea Quince de la isla de Vasílievski, donde vivía, y aún hubo de hacer el esfuerzo de subir jadeando la escalera, sembrada de inmundicias y marcada por innumerables huellas de gatos y perros. Su llamada a la puerta no surtió ningún efecto: su criado había salido. Chartkov se recostó contra el marco de la ventana y aguardó pacientemente hasta escuchar por fin a sus espaldas los pasos de un mozo vestido con camisa azul que era, todo en uno, criado y modelo, así como el encargado de preparar los colores y de barrer el suelo, que al instante volvía a manchar él con sus botazas. Se llamaba Nikita y se pasaba en la calle todo el tiempo que su amo faltaba de casa. Tardó un buen rato en atinar con la llave en el ojo de la cerradura, totalmente invisible en la lobreguez del pasillo. Por fin se abrió la puerta. Chartkov penetró en el recibidor, aterido como suele ocurrir en casa de los pintores, aunque ellos no lo noten. Sin darle el abrigo a Nikita, penetró con él puesto en el estudio, aposento cuadrado y espacioso, aunque bajo de techo y con los cristales de las ventanas recubiertos de hielo, abarrotado de trastos relacionados con su profesión: fragmentos de brazos de escayola, bastidores con lienzos montados, bocetos abandonados a medio pintar, telas de adorno tiradas sobre las sillas. Realmente cansado, se despojó del abrigo, colocó al

azar, entre dos pequeños lienzos, el retrato que traía y se tumbó en un diván corto y estrecho del que no se podía decir que estuviera forrado de cuero, ya que la hilera de tachuelas que en tiempos lo sujetaba había quedado por un lado mientras el cuero campaba por sus respetos, circunstancia que Nikita aprovechaba para meter debajo los calcetines negros, las camisas y demás ropa sucia. Después de estar un rato tendido, en la medida que se lo permitía la exigüedad del diván, Chartkov mandó a Nikita que le trajera una luz.

—No hay velas —contestó el criado.

—¿Cómo que no?

—Y ayer tampoco las había.

El pintor recordó que, en efecto, la víspera tampoco había velas en 1a casa, y se calmó sin hacer más comentarios. Ayudado por Nikita, trocó su ropa de calle por un batín todo raído y tazado.

—¡Ah, sí! Ha venido el casero —dijo Nikita.

—¿Quería cobrar? Ya lo sé —contestó el pintor con ademán evasivo.

—Pero no ha venido solo.

—Pues, ¿con quién ha venido?

—No lo sé... Creo que era un vigilante de barrio.

—¿Un vigilante? ¿para qué?

—Tampoco lo sé. Dijo que porque no se pagaba el alquiler.

—¿Y qué pasa con eso?

—Yo no sé lo que pasará. Dijo que si no quería pagar, se mudara a otra parte. Piensan volver mañana los dos.

—Que vengan... —profirió Chartkov con triste indiferencia y el ánimo totalmente deprimido.

El joven pintor Chartkov tenía un talento que prometía mucho: en las obras que salían de sus pinceles había por momentos destellos de perspicacia, de ingenio y de fuerte impulso por aproximarse más a la naturaleza.

—Cuidado, muchacho —le había advertido más de una vez su profesor—; tienes talento y sería una lástima que lo echaras a perder. Eres demasiado impaciente. En cuanto una cosa te atrae, en cuanto algo te gusta, te consagras a ello y todo lo demás te parece una porquería, deja de importarte y ni siquiera lo miras. No vayas a convertirte en uno de esos pintores de moda. Tus colores empiezan a ser demasiado chillones. Tu dibujo carece de austeridad y, en ocasiones, llega a ser flojo, no tiene una línea visible. Ya corres detrás de los efectos de la luz que se estilan ahora y de lo que más salta a la vista. ¡Ojo, no vayas a caer en el género inglés! Andate con tiento, porque ya empieza a seducirte la vida de sociedad: te he visto con una elegante chalina al cuello y con sombrero de reflejos... Todo eso es sugestivo y puede arrastrarle a uno a pintar cuadritos de los que están ahora en boga y retratitos bien pagados. Pero, con eso, el talento se malogra en lugar de desarrollarse. Ten calma. Medita cada trabajo. No quieras presumir y deja que otros se hagan de dinero. Ya llegará tu momento.

El profesor tenía razón en parte. Porque nuestro pintor sentía efectivamente algunas veces el prurito de divertirse, de presumir, de lucir su juventud en alguna parte, en una palabra. Pero, con todo, era capaz de dominar ese impulso. De tiempo en tiempo era capaz de olvidarse de todo; cuando tomaba los pinceles, a los que se agarraba como quien se agarra a un sueño maravilloso interrumpido. Su buen gusto se desarrollaba notablemente. Sin comprender todavía toda la profundidad de Rafael, ya le sugestionaba el ágil y amplio pincel del Guido, se detenía ante los retratos de Tiziano y admiraba a los flamencos. La magia patinada de los cuadros antiguos no había desaparecido del todo para él, pero ya divisaba algo en ellos, aunque en su fuero interno discrepaba del profesor en la opinión de que los viejos maestros llevasen a los contemporáneos una ventaja tan insuperable; incluso le parecía que en el siglo XIX se les había adelantado

considerablemente en ciertos aspectos, que la representación de la naturaleza se había hecho más brillante, más viva, más exacta... En una palabra, pensaba sobre el particular como piensa la juventud que ha alcanzado ya algo y se enorgullece interiormente de ello. A veces le irritaba que un pintor forastero, francés o alemán, a veces incluso sin vocación pictórica, produjese gran revuelo y amasara un capital en un abrir y cerrar de ojos, sin más méritos que el hábito rutinario, la agilidad del pincel y el colorido llamativo. No reaccionaba así cuando, consagrado a su trabajo, llegaba a olvidarse de comer, de beber e incluso del mundo entero, sino cuando al final lo asediaba la necesidad, cuando carecía de recursos para comprar pinceles y pinturas, cuando el tozudo casero se presentaba diez veces al día exigiendo el pago del alquiler. Influida por el hambre, su imaginación le pintaba entonces la vida del pintor rico y hasta le pasaba por la mente esa idea que a menudo asalta la cabeza del ruso: desentenderse de todo y darse a la francachela para olvidar las penas. Ahora se encontraba casi en ese trance.

—¡Sí! ¡Aguanta, aguanta! —pronunció con rabia—. Pero es que también al aguante le llega su fin. ¡Aguanta! ¿Y con qué dinero almuerzo yo mañana? Porque nadie da de comer al fiado. En cuanto a mis cuadros y mis dibujos, aunque fuera a venderlos todos, no sacaría más de veinte *kopeks*. Claro que ha sido un trabajo provechoso y yo noto que ninguno ha representado un esfuerzo vano, porque a través de cada uno he aprendido algo. Pero ¿qué he sacado en limpio? Estudios, pruebas... Y luego, interminablemente, más estudios y más pruebas. Además, ¿quién va a comprar nada mío sin conocer siquiera mi nombre? ¿A quién le importan las copias de estatuas antiguas que realicé en la clase de dibujo del natural o mi amor de Psique inconcluso, la perspectiva de mi habitación o el retrato de Nikita, aunque, desde luego, es mejor que los retratos de cualquier pintor de moda? ¿Qué pasa? Vamos a ver. ¿Porqué he de atormentarme macha-

cando las reglas más elementales como si fuera un párvulo, cuando podría brillar lo mismo que los demás y tener tanto dinero como ellos?

Terminaba de pronunciar estas palabras cuando se estremeció de pronto y palideció: un rostro convulsamente desfigurado lo miraba desde detrás de un cuadro. Dos ojos terribles se clavaban en él como si quisieran devorarlo, y los labios expresaban el mandato terminante de callar. Sobrecogido, Chartkov estuvo a punto de lanzar un grito y llamar a Nikita, que atronaba ya el recibidor con sus ronquidos, pero se contuvo a tiempo echándose a reír. La sensación de temor desapareció al instante. Era el retrato comprado aquella tarde y del que se había olvidado por completo. El resplandor de la luna, que iluminaba la estancia, caía sobre él, comunicándole una extraña movilidad. Chartkov se puso a examinarlo y luego a limpiarlo. Humedeció una esponja y, de unas cuantas pasadas, le quitó casi toda la costra de polvo y suciedad. Lo colgó en la pared frente a él y se admiró aún más de aquel trabajo extraordinario: casi había cobrado vida todo el rostro y los ojos lo miraron de tal manera que Chartkov se estremeció, retrocedió al fin y pronunció con asombro:

—¡Está mirándome! ¡Me mira con ojos humanos!

Acudió de pronto a su mente una historia que su profesor le había referido mucho tiempo atrás, acerca de un retrato del famoso Leonardo da Vinci. El gran maestro llevaba varios años trabajando en él y, sin embargo, lo consideraba aún inconcluso, aunque, al decir de Vasari, todo el mundo lo tenía por la obra de arte más perfecta y terminada. Y lo más terminado eran precisamente los ojos, asombro de sus contemporáneos. Había trasladado al lienzo hasta las vetas más tenues, casi invisibles. Sin embargo, en el retrato que Chartkov tenía ahora delante había algo extraño. Algo que ya no era arte, porque destruía incluso la armonía del propio retrato. ¡Aquellos eran ojos con vida, ojos humanos! Daba la impresión de que se los hubieran extirpado a

un ser vivo para trasplantarlos luego allí. No causaban ese supremo deleite que embarga el alma al contemplar la obra de un artista, por terrible que haya sido el objeto de su inspiración, sino que producían cierto sentimiento morboso de angustia.

“¿A qué se deberá esto? —se preguntaba Chartkov—. Al fin y al cabo, está tomado del natural, es la reproducción de una persona viva. Entonces, ¿a qué se debe esta extraña y desagradable sensación? ¿Será que la imitación servil y exacta de lo natural constituye ya un fallo y resulta como un grito agudo y disonante? ¿O será que un objeto tomado sin interés ni sensibilidad, sin que exista una compenetración, se manifiesta únicamente en su espantosa realidad, privado del resplandor de esa idea inaccesible oculta en cada cosa; se manifiesta con la misma crudeza que aparece lo repelente del ser humano ante los ojos de quien, armado de un bisturí, ha abierto su cuerpo con el deseo de descubrir la belleza del hombre? ¿A qué se debe que la naturaleza simple y baja se revele en un pintor determinado bajo una luz que no nos produce la menor sensación de bajeza sino, por el contrario, una impresión de deleite y, después, todo se mueve en torno a nosotros con una placidez y una serenidad mayores? ¿Y a qué se debe que esa misma naturaleza aparezca ruin y sucia en otro pintor, a pesar de que él ha sido igualmente fiel a la naturaleza? Pero no; no, porque falta en ella algo resplandeciente. Es lo mismo que un paisaje: por soberbio que sea, siempre le faltará algo si no luce el sol en el cielo.”

De nuevo se acercó al retrato para examinar aquellos ojos prodigiosos, y notó con espanto que estaban efectivamente mirándolo. Aquello no era ya una copia del natural: era la extraña vivacidad que hubiera iluminado el rostro de un cadáver salido de su tumba. Ya fuese debido a la luz de la luna, que inspira el delirio de la ensoñación y a todo le da formas distintas, contrarias a lo positivo del día, ya fuese debido a alguna otra razón, el caso es que, de pronto y sin saber por qué, el pintor sintió miedo

de permanecer solo en la habitación. Se apartó lentamente del retrato, dio media vuelta y procuró no mirarlo, pero, aun en contra de su voluntad, le lanzaba ojeadas de soslayo. Finalmente, incluso le entró miedo de andar por el cuarto; le daba la impresión de que alguna otra persona iba a seguirle los pasos en aquel mismo instante y a cada momento miraba para atrás con temor. Nunca había sido cobarde, pero tenía la imaginación y los nervios sensibles y ni él mismo lograba explicarse, aquella noche, su pavor instintivo. Se sentó en un rincón, pero también allí le parecía que alguien iba a asomarse de un momento a otro por encima de su hombro para mirarle a la cara. Ni los ronquidos de Nikita, que se escuchaban desde el recibidor, eran capaces de ahuyentar sus temores. Al fin, se levantó de donde estaba, encogido y con los ojos gachos, y se acostó en la cama, disimulada por un biombo. Por las rendijas del biombo veía la habitación iluminada por la luna y el retrato colgado en la pared frente a él. Los ojos se clavaban en él, más aterradores e imperiosos aún, y no parecían querer contemplar ninguna otra cosa. Lleno de un sentimiento angustioso, se decidió a abandonar el lecho, agarró una sábana y, llegando hasta el cuadro, lo envolvió en ella.

Luego se acostó más tranquilo y se puso a pensar en la indigencia y el triste sino del artista, en el camino de espinas que le quedaba por recorrer en este mundo... Pero, a todo esto, sus ojos no cesaban de atisbar, por las rendijas del biombo, el retrato envuelto en la sábana. El resplandor de la luna acentuaba el blancor de la sábana y llegó a parecerle que los terribles ojos empezaban a traslucirse. Espantado, miraba fijamente, como queriendo convencerse de que era una ficción. Pero finalmente, y ya en realidad, vio... Vio de modo evidente que la sábana había desaparecido, que el retrato estaba descubierto y lo miraba directamente a él, sin fijarse en nada de lo que había en torno, escrutaba su interior... A Chartkov se le heló la sangre en las venas. El viejo se había movido, apoyó de pronto las manos en

el marco, se izó a pulso, echó fuera ambas piernas y abandonó su sitio... Por la rendija del biombo no se divisaba más que el marco vacío. En el cuarto se escucharon pisadas que se aproximaban más y más al biombo. El corazón del pobre artista latía alocadamente. Sin aliento del susto, esperaba que el viejo se asomara de un momento a otro detrás del biombo. Y, en efecto, se asomó por detrás del biombo con el rostro bronceado y los grandes ojos escrutadores. Chartkov quiso gritar y notó que se había quedado sin voz; quiso rebullir, hacer cualquier movimiento, y notó que los músculos no le obedecían. Con la boca desencajada y la respiración en suspenso, contemplaba al terrible fantasma, alto, envuelto en holgada túnica asiática, esperando ver lo que hacía. El viejo se sentó casi a sus pies y luego sacó algo de entre los pliegues de su amplia vestidura. Era un saquito. El viejo lo desató y lo sacudió agarrándolo por los extremos de abajo; resonaron sordamente contra el suelo unos pesados envoltorios de forma cilíndrica envueltos en papel azul, cada uno con una inscripción que decía: "*1.000 chevónets*". Sacando de las amplias mangas sus manos largas y sarmentosas, el viejo se puso a desenvolver los cartuchos. Refulgó el oro. Aunque la sensación de angustia y el miedo cervical que lo embargaban eran muy grandes, el artista estaba pendiente del oro y miraba, inmóvil, cómo refulgía con suave y sordo tintineo entre las manos huesudas que deshacían los envoltorios y los enrollaban de nuevo. En esto advirtió que uno de los cartuchos había caído más lejos que los otros, rodando hasta la cabecera de la cama. Se apoderó de él con ademán casi febril y espantado, miró al viejo por si se había dado cuenta. Pero, al parecer, estaba muy ocupado en recoger todos los envoltorios. Los metió de nuevo en el saco y, sin mirar siquiera a Chartkov, desapareció al otro lado del biombo. El corazón del pintor arreció su latir al escuchar el ruido de los pasos que se alejaban por la habitación. Temblando por él, apretó más su rollo en la mano y, de pronto, oyó que las pisadas se acerca-

ban nuevamente al biombo: el viejo se habría dado cuenta de que le faltaba un cartucho. Ya se asomaba otra vez por detrás del biombo. En el colmo de la desesperación, Chartkov apretó con todas sus fuerzas el cartucho que tenía en la mano al mismo tiempo que concentraba sus energías para hacer un movimiento, lanzó un grito y se despertó.

Estaba bañado en sudor frío, el corazón le latía con toda la fuerza de que era capaz y tenía el pecho tan oprimido como si fuera a exhalar el último aliento. “¿Es posible que haya sido un sueño?”, se preguntó, llevándose ambas manos a la cabeza. Sin embargo, la tremenda realidad de la visión no compaginaba con un sueño. Ya despierto, vio que el viejo volvía a su marco – incluso se agitó un instante el bajo de su amplio ropaje– y notaba claramente en la mano el peso que había sostenido poco antes. El resplandor de la luna iluminaba la estancia arrancando a sus rincones oscuros algún lienzo, una mano de escayola, una pieza de tela abandonada sobre una silla o el pantalón y las botas sin cepillar. Sólo entonces se dio cuenta de que no estaba acostado, sino de pie, frente al retrato. Y no lograba entender cómo había llegado hasta allí. Todavía le sorprendió más que el retrato estuviera descubierto y no hubiera ni rastro de la sábana. Lo contemplaba, paralizado por el miedo, y veía sus ojos, humanos y vivos, clavados en él. El rostro se le perló de sudor frío; hubiera querido retroceder, pero notó que sus pies parecían haber arraigado en el suelo. Además, se dio cuenta de que ya no estaba soñando: las facciones del viejo se habían movido y sus labios empezaban a adelantarse hacia él como si quisieran absorberlo. Con un alarido de desesperación, Chartkov retrocedió de un salto... y se despertó.

“¿Habrá sido también un sueño?” Tanteó a su alrededor con el corazón a punto de estallarle. Sí, estaba acostado, exactamente en la postura en que se durmió. Tenía el biombo delante y la luz de la luna inundaba la habitación. Por una rendija del biom-

bo se veía el retrato, bien tapado, con la sábana, como lo había tapado él. ¡De manera que también había sido un sueño! Sin embargo, el puño cerrado seguía notando que había tenido algo en mano. El corazón le latía a una velocidad espantosa y, la opresión del pecho era casi insoportable. A través de un resquicio, miraba fijamente la sábana. Y entonces vio claramente que la sábana empezaba a deslizarse como si, debajo de ella, se agitaran unas manos para apartarla. “Pero ¿qué es esto, Dios mío?”, gritó Chartkov santiguándose desesperadamente... y se despertó.

¡También había sido un sueño! Se tiró de la cama, medio loco, aturdido, incapaz de comprender lo que le ocurría, si padecía una pesadilla o la burla de un duende, si se trataba del delirio de un estado febril o de una visión real. Abrió el ventanillo, tratando de mitigar en lo posible la opresión de su ánimo y la loca carrera de la sangre que le latía frenéticamente por todas las venas. El aire frío lo reanimó. El resplandor de la luna bañaba todavía los tejados y los muros blancos de las casas, aunque eran más frecuentes las nubecillas que surcaban el cielo. Todo estaba en calma: a ratos llegaba hasta el oído el tenue cascabeleo de algún carruaje de punto cuyo cochero dormía en alguna calleja invisible, mecido por su perezoso jamelgo en espera de un posible cliente rezagado. Estuvo mirando, un buen rato asomado al ventanillo. El crepúsculo matutino despuntaba ya en el cielo cuando el pintor notó que le entraba sueño. Cerró el ventanillo, se metió en la cama y al poco dormía como un tronco, con un sueño profundo.

Se despertó muy tarde, con la desagradable sensación que experimenta un atufado. Le dolía mucho la cabeza. El cuarto tenía un aspecto triston. La humedad que flotaba en el aire se introducía por las rendijas de las ventanas, tapadas con cuadros o lienzos preparados. Sombrío y fastidiado como un gallo después de un remojón, se sentó en su diván desvencijado, indeci-

so, sin saber qué hacer, hasta que al fin le vino a la memoria todo el sueño que había tenido. A medida que lo recordaba, veía el sueño tan angustiosamente a lo vivo que llegó a preguntarse si habría sido en verdad un sueño, un simple delirio, y no se trataría de algo más que eso, de una visión real. Tiró de la sábana y se puso a observar el terrible retrato a la luz del día. Los ojos, en efecto, sobrecogían por su vivacidad extraordinaria, pero no encontró en ellos nada particularmente pavoroso; sólo dejaban en el alma un desasosiego difícil de definir. A pesar de todo, no lograba persuadirse de que había sido un sueño. Le parecía que, en medio del sueño, hubo cierto intervalo de realidad. Incluso que la propia mirada y la expresión del viejo decían que había estado junto a su cama aquella noche. Su mano conservaba la sensación del peso que había sostenido y del que alguien le había librado sólo hacía un instante. Incluso tenía la impresión de que, si lo hubiera agarrado con más fuerza, el cartucho habría quedado en su mano aun después de despertarse.

“¡Dios mío! ¡Si yo tuviera por lo menos parte de ese dinero!”, se dijo con un profundo suspiro mientras veía mentalmente caer del saco todos los cilindros azules con la sugestiva inscripción de “1.000 *chervónets*”. Los cartuchos se desenrollaban, dejaban que refulgiera el oro y volvían a enrollarse, mientras Chartkov, con la mirada quieta e inexpresiva clavada en el vacío, no podía apartar los ojos de aquel objeto, lo mismo que un niño contempla, con la boca hecha agua, un plato de dulces que otros están comiendo. Una llamada a la puerta le hizo volver a la realidad sobresaltado. Entró el casero en compañía del vigilante de barrio, personaje cuya aparición, como es sabido, resultaba para las gentes humildes más desagradable todavía que la de un solicitante para un hombre rico. El propietario de la pequeña casa donde vivía Chartkov era una de esas criaturas como suelen ser los propietarios tanto en la Línea Quince de la isla de Vasílievski como en Peterbúrgskaia Storóná o en cualquier apartado rincón de Kolomna; una de esas criaturas

que abundan tanto en Rusia y cuyo carácter es tan indefinible como el color de una vieja levita. Capitán y camorrista en su juventud, maestro en el arte de azotar, también se había empleado en asuntos civiles; era avisado, presuntuoso y estúpido. Pero, al llegar a viejo, todas estas acusadas peculiaridades habían formado una mezcla opaca e indeterminada. Ya estaba viudo, ya estaba retirado, ya no presumía ni fanfarroneaba ni buscaba camorra. Lo que más le gustaba era tomar el té charlando de trivialidades. Andaba por su casa, despabilaba la vela de sebo; a últimos de mes se presentaba puntualmente a cobrar el alquiler de sus inquilinos; salía a la calle con la llave en la mano para inspeccionar el tejado de su casa; echaba al portero del cuchitril donde se cobijaba para dormir... En una palabra, un militar retirado a quien, después de una vida de juergas y desplazamientos, sólo le quedaban hábitos banales.

—Ya lo ve usted, Varuj Kuzmich —le dijo al vigilante, abriéndose de brazos—. Nada, que no paga el alquiler.

—¿Y qué voy a hacer si no tengo dinero? Espere, que ya le pagaré.

—No puedo esperar —replicó el casero enfadado, agitando la llave que llevaba en la mano—. Mis inquilinos son personas serias. Ahí tiene usted al teniente coronel Potogonkin, que vive aquí desde hace ya siete años. O si no, Anna Petrovna Bujmísterova, que además tiene alquilados un cobertizo y dos pesebres en la cuadra y cuyo servicio consta de tres criados. Mi casa, francamente, no es un establecimiento donde no se pague el alquiler. Conque haga el favor de darme el dinero ahora mismo y de mudarse de aquí.

—Eso, desde luego. Habiendo un acuerdo tiene que pagar —dijo el vigilante, irguiendo un poco la cabeza y metiendo un dedo entre los botones de su uniforme.

—La cuestión está en saber con qué voy a pagar, puesto que no tengo ni un *kopek* en este momento.

—En tal caso, compense a Iván Ivánovich con artículos de su profesión —indicó el vigilante—. Quizá acepte el pago en cuadros.

—¡Quía, hombre! Muchas gracias, pero no. Si todavía fueran cuadros de contenido noble que pudieran colgarse en la pared, algún general condecorado o el retrato del príncipe Kutúzov; pero fíjese a quién ha pintado: a un *mujik*, a un *mujik* con camisa azul, al criado que le prepara los colores. ¡Mire que pintar un retrato de ese cerdo! Por cierto, que a ese bribón le voy a pegar una paliza por haberme arrancado todos los clavos de los pestillos. Fíjese en lo que pinta: su habitación. Si todavía fuera una habitación recogida y aseada... Pero ya lo ve: la ha sacado con toda la basura y todos los trastos que andan por aquí rodando. ¿Se da usted cuenta de cómo me ha emporcado este cuarto? A mí, que tengo inquilinos que viven aquí siete años... El coronel, Anna Petrovna Bujmísterova... Se lo digo de verdad: no hay peor inquilino que un pintor; viven como cerdos. Dios nos libre.

El pobre pintor tuvo que escuchar pacientemente todo eso. Mientras, el vigilante de barrio se había dedicado a ver los cuadros y los bocetos, demostrando en seguida poseer un alma más sensible que la del casero e incluso no del todo ajena a las impresiones artísticas.

—¡Vaya! —exclamó pegando con el dedo en un cuadro que representaba un desnudo de mujer—. Esto es un poco... juguetón. Y este otro, ¿por qué tiene ese manchón negro debajo de la nariz? ¿Es del rapé?

—Es una sombra —replicó secamente Chartkov sin volverse a mirarlo.

—Pues podía haberla puesto en cualquier otro sitio, porque, debajo de la nariz, salta demasiado a la vista —opinó el vigilante—. Y este otro retrato ¿de quién es? —prosiguió, acercándose al cuadro del viejo—. Pero ¡si da miedo! Seguro que era igual de terrible en persona. Enteramente un Gromoboi. ¿Quién es?

—Uno que...

Chartkov se interrumpió al escuchar un crujido. Se conoce que el vigilante había apretado demasiado el marco del cuadro, cosa natural tratándose de unas manazas policíacas, partiendo hacía dentro las tablillas laterales. Una cayó al suelo y, con ella, cayó pesadamente, produciendo un sonido metálico, un cilindro envuelto en papel azul. Los ojos de Chartkov captaron al instante la inscripción “1.000 *chervónets*”. Se lanzó como un loco a recogerlo, lo agarró y lo apretó febrilmente en la mano que, del peso, cedió hacia abajo.

—Parece como si hubiera sonado dinero —dijo el vigilante al oír que algo había caído al suelo, aunque sin poder ver lo que era, debido a la rapidez con que Chartkov se tiró a recogerlo.

—¿Y a usted qué le importa lo que yo tenga?

—Me importa que le pague usted ahora mismo el alquiler al casero; me importa que tiene usted dinero y no quiere pagar. Eso es lo que me importa.

—Bueno. Le pagaré hoy.

—Entonces, ¿por qué no ha querido pagar antes, obligando al casero a venir varias veces e incluso molestando a la policía?

Porque no quería tocar este dinero. Esta misma tarde se lo pagaré todo y mañana me mudaré de aquí, porque no quiero seguir viviendo donde hay un casero como él.

—Ya lo sabe, Iván Ivánovich: le va a pagar —dijo el vigilante dirigiéndose al casero—. Y si, por casualidad, no ha satisfecho toda la cantidad esta tarde, entonces, señor pintor, tendremos que hacer algo...

Con estas palabras se caló el tricornio y salió al zaguán, seguido por el propietario, que caminaba cabizbajo y, al parecer, ensimismado.

—¡Gracias a Dios que se los ha llevado el demonio! —exclamó Chartkov cuando oyó que se cerraba la puerta de entrada.

Se asomó al recibidor, inventó un pretexto para mandar a

Nikita a la calle, a fin de quedarse totalmente solo, cerró la puerta cuando el criado salió y, volviendo a su cuarto, se puso a desenrollar el cartucho con el corazón palpitante. Contenía *chervónets*, todos nuevecitos, refulgentes como el fuego. Chartkov contemplaba el montón de oro, casi enloquecido, preguntándose todavía si no sería un sueño. En el cartucho había exactamente mil monedas y tenía el aspecto exacto de los que había visto soñando. Se pasó varios minutos examinándolos y dándoles vueltas sin poder recobrase. De pronto, resucitaban en su imaginación todas las historias de tesoros escondidos y de cofrecillos con compartimientos secretos que los antepasados dejaban a sus nietos en la seguridad de que se arruinarían alguna vez. Y se preguntaba: “¿No será también éste el caso de algún abuelo que haya dejado a su nieto un regalo oculto en el marco de un retrato de familia?” Incluso llegó a pensar, arrastrado por un impulso novelesco, si no habría en todo aquello cierto vínculo secreto con su destino, si la existencia del retrato no estaría relacionada con la suya propia y si su compra no habría obedecido a cierta premonición. Se puso a observar atentamente el marco del retrato. En un costado con una tablilla, ajustada con tanta precisión que resultaba invisible, de manera que, si no la hubiera roto la manaza del vigilante de barrio, las monedas de oro se hubieran quedado allí por los siglos de los siglos. Contemplando el retrato, se admiró nuevamente de la maestría de la pintura y del extraordinario terminado de los ojos. No le inspiraban ya temor, pero siempre que los miraba dejaban en su alma una inexplicable sensación de desagrado. “Seas abuelo de quien seas –se dijo–, yo te pongo bajo cristal y con marco dorado.” Posó la mano sobre el montón de oro que tenía delante y su contacto hizo latir su corazón con más fuerza.

“¿Qué hago con esto? –se preguntó con la mirada fija en las monedas–. Ahora estoy a cubierto de necesidades, lo menos por tres años, de modo que puedo encerrarme en mi cuarto, y traba-

jar. Tengo dinero para las pinturas y también para el almuerzo, para la cena y también para el alquiler. Nadie vendrá a interrumpirme y fastidiarme. Me compraré un buen maniquí, encargaré un torno de escayola, moldearé unas piernas, pondré una Venus, compraré grabados de los mejores cuadros... Y si me dedico tres años a trabajar para mí sin prisa, no por la necesidad de vender, dejaré a todos atrás y podré hacerme un buen pintor.”

Así hablaba, a tenor con lo que sugería la razón.

Pero, en su interior, escuchaba otra voz más neta y sonora. Y más fuerte hablaron dentro de él sus veintidós años y su fogosa juventud cuando volvió a mirar el oro. Ahora estaba a su alcance todo lo que hasta entonces contemplaba con ojos de envidia, todo lo que ansiaba desde lejos con la boca hecha agua. ¡Con qué fuerza le latió el corazón sólo de pensarlo! Vestir un frac a la moda, comer a sus anchas después de tan largo ayuno, alquilar un buen piso, ir inmediatamente al teatro, a la confitería..., a tantos otros sitios. No había terminado de pensarlo, cuando ya estaba en la calle con el dinero.

Antes de nada fue a un sastre, donde se vistió de pies a cabeza y estuvo admirándose un buen rato igual que un chiquillo; compró perfumes y cremas, alquiló sin regatear el primer piso suntuoso que encontró en la avenida del Nevá con espejos y ventanas de luna; sin saber cómo, compró unos costosos impertinentes, sin saber cómo compró también un montón de corbatas de todas clases –muchas más de las que necesitaba–; se hizo rizar el cabello en una peluquería; dio dos paseos en coche por la ciudad sin ningún objeto, se pegó un atracón de bombones en una confitería y entró en un restaurante francés del que hasta entonces había oído hablar tan vagamente como del imperio chino. Allí comió, tan orondo, lanzando miradas bastante altivas a los demás y retocando sin cesar los rizos frente al espejo. Allí apuró una botella de champán, bebida que, hasta entonces, tampoco conocía más que de oídas y que le subió un poco a la

cabeza, y salió a la calle, ligero y desenfadado, riéndose del diablo según el dicho ruso. Al cruzar un puente divisó a su antiguo profesor, que venía en sentido contrario, y pasó briosamente de largo como si no lo hubiera visto, de modo que el profesor, estupefacto, se quedó un buen rato plantado en medio del puente con expresión interrogante. Dio un paseo a pie, pavoneándose y mirando alegre a la gente los impertinentes.

Aquella misma tarde, todas las pertenencias de Chartkov – el caballete, los lienzos, los cuadros– fueron trasladados al lujoso piso. Distribuyó, bien a la vista, los objetos mejores, arrinconó lo demás y se dedicó a recorrer los magníficos aposentos mirándose sin cesar en los espejos. En su alma renació el deseo irresistible de agarrar inmediatamente la gloria por los pelos y demostrar quién era. Escuchaba ya voces entusiastas: “¡Oh, Chartkov! ¿Han visto ustedes los cuadros de Chartkov? ¡Qué pincel extraordinario el de Chartkov! ¡Qué gran talento tiene Chartkov!” Andaba por su cuarto en un estado de exaltación que le elevaba a alturas sublimes. Al otro día, provisto de un puñado de *chervónets*, fue a solicitar la benévola ayuda del editor de un periódico bastante leído. El periodista lo recibió con gran amabilidad, dándole inmediatamente el tratamiento de “honorabilísimo”, le estrechó ambas manos y le pidió algunos datos, tales como nombre, patronímico, domicilio... En el número del día siguiente, el periódico publicó, detrás del anuncio de unas velas de sebo recién inventadas, un artículo bajo el título *Chartkov, un talento extraordinario*, que decía:

“Nos apresuramos a participar al público culto de la capital la grata nueva de una adquisición que podríamos llamar maravillosa en todos los sentidos. Todos sabemos que en nuestros país abundan las fisonomías, sorprendentes y los bellos rostros; pero no teníamos hasta el presente el medio de verlos reproducidos en lienzos prodigiosos para legarlos a la posteridad. Ahora ese fallo ha sido subsanado; ha aparecido el pintor dotado de todas

las cualidades necesarias. Ahora toda mujer hermosa puede estar segura de verse reproducida, cual mariposa que revolotea entre las flores de primavera, con toda la gracia de su belleza eterea, sutil, encantadora y mágica. El honorable padre de familia aparecerá rodeado de todos sus deudos. Con este aliciente, todo mundo –el comerciante, el militar, el ciudadano, el estadista– proseguirá su quehacer con celo redoblado. ¡Acudan, acudan pronto!, desistiendo del paseo, de la visita a un amigo, a una prima o a una tienda elegante. En el espléndido estudio del pintor (avenida del Nevá, número tantos) se pueden admirar muchos retratos salidos de sus pinceles, dignos de un Van Dyck o de un Tiziano. Viéndolos no sabemos si asombrarnos más de la fidelidad y el parecido con el original o de la brillantez y la lozanía del color. ¡Loor al artista! La suerte le ha sido propicia.

¡*Vivat*, Andréi Petróvich! (*Se conoce que el periodista era propenso a la familiaridad.*) Su gloria nos alcanza también a nosotros, que sabemos apreciar lo que vale. Se verá recompensado por una gran afluencia de público y también de dinero, aunque algunos de nuestros colegas de la prensa se rebelen contra él.”

Chartkov leyó el suelto con recóndito placer. Estaba resplandeciente. Se hablaba de él en letra de molde, y eso era una cosa nueva para él. Releyó varias veces aquellas líneas. La comparación con Van Dyck y el Tiziano le halagó profundamente. Y el “¡*Vivat*, Andréi Petróvich!” también le gustó mucho. Un órgano de prensa lo llamaba por su nombre y su patronímico, honor que nunca había saboreado hasta entonces. Pronto se puso a andar de un lado para otro por la habitación. Se revolvía el cabello, se sentaba en un sillón, que abandonaba al instante por el diván, se imaginaba cómo recibiría a los visitantes y a las visitantes, se acercaba a un lienzo y fingía ponerle una breve pincelada, procurando hacerlo con ademán elegante.

Al día siguiente sonó la campanilla de la entrada. Corrió a abrir y entró una señora seguida de un lacayo uniformado con

capote forrado de piel. Con la señora entró su hija, una jovencita de dieciocho años.

—¿Es usted *monsieur* Chartkov? —preguntó la señora.

El pintor se inclinó.

—¡Se escribe tanto de usted! Dicen que sus retratos son el colmo de la perfección —con estas palabras, la señora se caló los impertinentes y paseó una rápida mirada por las paredes, que estaban desnudas—. Pero ¿y sus retratos?

—De momento —contestó el pintor, algo confuso—, como acabo de mudarme aquí, están en camino.... no han llegado aún.

—¿Ha estado usted en Italia? —preguntó la señora, mirándolo a través de los impertinentes al no encontrar otra cosa que mirar.

—No; no he estado, pero tengo el propósito de ir..., aunque de momento he aplazado el viaje... ¿No está usted cansada? Aquí tiene un sillón.

—Gracias. He pasado mucho tiempo sentada en coche. ¡Ah! Por fin veo algunos trabajos suyos —exclamó, acudiendo a la pared opuesta y dirigiendo los impertinentes hacia los estudios, bocetos, perspectivas y retratos arrimados a ella en el suelo—. *C'est charmant! Lise, Lise, venez ici!* Una habitación al estilo de Teniers, ¿ves? Mira este desorden. La mesa y, encima, un busto, una mano, una paleta... Y fíjate en el polvo... ¿Ves cómo está pintado el polvo? *C'est charmant!* ¡Mira! En este otro cuadro hay una mujer lavándose la cara. *Quelle jolie figure!* ¡Ah, un *mujik!* ¡Lise Lise, un *mujik* con camisa rusa! Pero ¡mira este *mujik!* De modo que no se dedica usted únicamente al retrato...

—¡Bah! Son cosas sin importancia... Pasatiempos, bocetos...

—Y, dígame, ¿qué opina usted de los retratistas de ahora? ¿Verdad que ninguno puede compararse con el Tiziano? No hay esa fuerza del colorido, esa... Lástima que no pueda expresarlo en ruso... —aquella señora era aficionada a la pintura y había recorrido con sus impertinentes todas las pinacotecas de Italia—. Sin embargo, *monsieur* Nolle... ¡Oh, cómo pinta! ¡Qué prodigioso

pincel! A mi modo de ver, sus rostros son incluso más expresivos que los del Tiziano. ¿Conoce usted a *monsieur* Nolle?

—¿Quién es ese Nolle? —inquirió Chartkov.

—¿*Monsieur* Nolle? ¡Oh, tiene un talento.... Le hizo un retrato a mi hija cuando tenía doce años. Debe usted venir sin falta a nuestra casa. Así le enseñarás tu álbum, Lise. Por cierto, ha de saber usted que hemos venido a que comience inmediatamente un retrato de Lise.

—¡Encantado! Desde este momento estoy a su entera disposición.

En un instante, el pintor acercó el caballete con un lienzo preparado, empuñó la paleta y clavó la mirada en la carita pálida de la hija. Si hubiera conocido mejor la naturaleza humana, Chartkov habría leído inmediatamente en ella el inicio de la pasión pueril por los bailes, un atisbo de fastidio y de contrariedad por lo largo que se hace el tiempo antes y después de la comida, el anhelo de lucir un vestido nuevo en el paseo, las huellas visibles de una aplicación indiferente a las distintas artes que su madre le inculcaba para enaltecer el alma y los sentimientos. Pero el pintor sólo vio en aquella carita delicada su transparencia casi de porcelana, sugestiva para el pincel, la suave y cautivadora languidez, el cuello fino y blanco, la estilizada silueta aristocrática. Se dispuso a triunfar de antemano, a demostrar la destreza y la brillantez de sus pinceles, que hasta entonces sólo había aplicado a los rasgos duros de toscos modelos, a las austeras esculturas antiguas o a la copia de algunos maestros clásicos. Mentalmente se representaba ya cómo resultaría aquel rostro delicado.

—Verá usted —dijo la madre con una expresión que llegaba a ser conmovedora—. Me gustaría... Bueno, ahora está vestida así; pero la verdad es que no quisiera que llevara en el retrato la ropa que estamos acostumbrados a verle puesta. Me gustaría que estuviera vestida de una manera sencilla, a la sombra de unos ár-

boles, sobre el fondo de los campos, con un rebaño o un soto a lo lejos..., que no parezca como si estuviera a punto de salir para un baile o una fiesta de sociedad. Porque nuestros bailes, lo confieso, matan el alma y destruyen todo vestigio de sentimientos... Sencillez es lo que hace falta.

Pero, ¡ay!, lo mismo el rostro de la madre que el de la hija decían que, de tanto bailar en sociedad, se habían convertido casi en figuras de cera.

Chartkov puso manos a la obra. Hizo sentar a la jovencita, se concentró unos instantes representándose la composición, trazó unas líneas en el aire con el pincel, situando mentalmente los puntos principales, cerró un ojo, retrocedió, miró desde lejos y, en una hora, tenía acabado el boceto. Le pareció que había quedado bien y se puso a pintar. Absorto en el trabajo, se olvidó ya de todo, incluso de que se hallaba en presencia de damas de la aristocracia. A veces lanzaba alguna exclamación y a ratos canturreaba, comportándose como es corriente en un artista entregado de pleno a su trabajo. Sin ningún miramiento, tan sólo apuntado con el pincel, hacía erguir la cabeza de la jovencita que, con evidentes muestras de cansancio, al fin no cesaba de moverse.

—Basta —dijo la madre—. Ya es bastante para la primera vez.

—Un momento todavía —rogó el pintor abstraído.

—No es hora de marcharnos. ¡Lise, las tres! —negó la señora, consultando su relojito con cadena de oro que le colgaba del cinturón—. ¡Es tardísimo!

—Sólo un minuto —insistió Chartkov con el tono cándido suplicante de un niño.

Pero la señora no parecía dispuesta a plegarse a los caprichos artísticos del pintor. En cambio, prometió que la próxima sesión sería más prolongada.

“Es una contrariedad —pensó Chartkov—. Ahora que empezaba a calentárseme la mano”. Y recordó que nadie le molestaba

ni le interrumpía en su estudio de la isla de Vasílievski. Cuando Nikita le servía de modelo, podía pintar todo el tiempo que quisiera, porque el mozo no hacía menor movimiento e incluso llegaba a quedarse dormido en la postura en que lo había colocado. Disgustado, dejó paleta y pincel encima de la silla y se puso a observar el cuadro. Lo sacaron de su abstracción unas palabras de elogio pronunciadas por la distinguida dama. Corrió a la puerta para acompañarlas y, ya en el rellano de la escalera, fue invitado a visitar su casa y a comer un día de la semana siguiente. Chartkov volvió a su estudio eufórico. La aristocrática dama le había encantado. Hasta entonces había considerado a las personas como aquellas criaturas inaccesibles, nacidas con el único fin de pasar por las calles en un carruaje soberbio con lacayos de librea y un cochero imponente mirando con indiferencia al hombre que caminaba a pie con su capa raída. Y, de repente, uno de esos seres había entrado en su casa y él pintaba un retrato para una mansión aristocrática, adonde le habían invitado a comer. Le embargó una extraordinaria satisfacción. Estaba totalmente embriagado y se regaló con una suculenta comida, una función de teatro y otro paseo en coche por la ciudad sin rumbo determinado.

Durante los días que siguieron, fue incapaz de dedicarse a su trabajo habitual. Sólo estaba pendiente del momento en que sonara la campanilla. Por fin volvió la aristocrática dama con su hija tan pálida. Ya con soltura y modales que pretendían ser de hombre de mundo, Chartkov les ofreció asiento, acercó un cabellete y se puso a pintar. Era un día de sol cuya luminosidad le sirvió de mucho. Descubrió en su delicada modelo detalles que, de ser captados y trasladados al lienzo, podían dar gran mérito al trabajo. Descubrió que podía, hacer algo muy especial representándolo todo tan perfilado como acababa de captarlo. Incluso empezó a agitarse un poco su corazón al notar que iba a expresar, algo que los demás no habían advertido aún. El

trabajo se adueñó de él y, con el alma puesta en los pinceles, volvió a olvidarse de la alcurnia de su modelo. Anhelante, vio cómo hacía surgir los rasgos sutiles y la figura casi translúcida de aquella niña de diecisiete años. Captaba cada matiz de la leve palidez, el azul casi imperceptible de las orejas y se disponía ya a reproducir hasta un granito que le apuntaba en la frente, cuando oyó de pronto la voz de la madre, que se había acercado.

—¡Oh! ¿Para qué va a ponerlo? Eso no hace falta —observó—. Y también..., mire, en algunos sitios ... , el tono parece un poco amarillo. Y esto de aquí resulta enteramente como manchitas oscuras.

El pintor trató de explicar que precisamente aquellas manchitas y aquel tono amarillo armonizaban bien y le daban al semblante tenues y sugestivos matices. La respuesta fue que no daban ningún matiz ni armonizaban en absoluto y que todo eran figuraciones suyas.

—Sin embargo, permítame poner un pequeño toque de amarillo sólo en este sitio.

Pero eso fue, justamente, lo que no le permitieron. La madre declaró que aquel día Lise se hallaba un tanto indispueta, pero que nunca tenía amarillez y que su rostro admiraba, en particular, por la lozanía del color. Pesaroso, Chartkov se puso a borrar lo que su pincel había hecho nacer en el lienzo. Desaparecieron muchos trazos casi imperceptibles y, con ellos, también desapareció en parte el parecido. Insensiblemente fue dando al retrato ese colorido común que se aplica de memoria y convierte cualquier rostro, aunque sea tomado del natural, en una de esas caras ideales y frías que pueden verse en los bocetos de los estudiantes. En cambio, la madre se mostró encantada de que, hubieran sido desterrados los colores que la ofuscaban. Tan sólo se sorprendió de que el trabajo durase tanto, añadiendo que, según había oído, Chartokv solía terminar los retratos en dos sesiones. El pintor no supo qué replicar. Madre e hija se dispusieron a

marcharse. Chartokv dejó el pincel para salir a despedirlas y luego permaneció un buen rato, quieto y perplejo, ante el retrato. Lo contemplaba con expresión estúpida, mientras rondaban su mente los delicados rasgos femeninos, las tonalidades y los matices etéreos que primero captó y luego destruyó tan despiadadamente su pincel. Obsesionado por ellos, apartó el retrato y rebuscó una cabeza de Psique esbozada un día y arrinconada después. Era un rostro hábilmente pintado, de una perfección ideal y frío hasta la exageración, compuesto sólo de rasgos ideales que no dejaban traslucir la vida. A falta de otra ocupación, se puso a repararlo, reproduciendo en él todo lo que había logrado advertir en el rostro de la aristocrática visitante. Los rasgos, los matices y las tonalidades que se le habían revelado adquirieron la pureza con que surgen cuando el artista, compenetrado con el modelo, se aparta ya de él y crea otro ser aunque a su semejanza. Psique comenzó a cobrar vida, y la idea, que apenas insinuaba, tomó forma corpórea poco a poco. Trasladado espontáneamente a Psique, el rostro de la joven aristócrata adquirió así una expresión peculiar que le daba derecho al título de obra genuinamente original. Era como si el artista hubiese aprovechado, por partes y en conjunto, todo lo que le ofrecía el original, entregándose de lleno a su trabajo. Por espacio de varios días, se dedicó a él exclusivamente. Y, trabajando en Psique, le sorprendió la llegada de Lise y su madre. No le dio tiempo a quitar el cuadro del caballete. Madre e hija juntaron las manos con asombro y lanzaron una exclamación de alegría.

—¡Lise, Lise! Pero ¡qué parecido! *Superbe, superbe!* ¡Qué acierto ha tenido vistiéndola al estilo griego! ¡Ay, que sorpresa!

El pintor no sabía cómo sacarlas del error que tanto las encantaba. Algo avergonzado, murmuró con cabeza gacha:

—Es Psique.

—Bajo la forma de Psique, ¿verdad? *C'est charman!* —dijo la madre con una sonrisa, y también sonrió la hija—. ¿No es cierto,

Lise, que te va muy bien estar representada bajo la forma de Psique? *Quelle idée délicieuse!* Pero ¡qué ejecución! Esto es un Correggio. Confieso que había leído y oído hablar mucho de usted, pero no sabía que tuviera este talento. Desde luego, también a mí debe hacerme un retrato.

Al parecer ella quería ser retratada igualmente bajo la forma de alguna Psique.

“¿Qué puedo hacer? —pensó el pintor—. Puesto que así lo quieren, dejaremos que Psique sea lo que se les antoje”, y dijo en voz alta:

—Tenga la bondad de posar todavía un momento. Voy a dar los últimos toques al lienzo.

—¡Ay! No irá usted a... ¡Ahora está tan parecida!

Pero Chartkov comprendió que los temores de la señora estaban inspirados por el color amarillo y la calmó, explicando que sólo se proponía dar más brillo y expresión a los ojos. En realidad le remordía la conciencia y quería darle al retrato un poco más de parecido con el original, no fuese a acusarle alguien de una total falta de escrúpulos. En efecto, los rasgos de la jovencita acabaron por resaltar más netamente en las facciones de Psique.

—¡Así! ¡No hace falta nada más! —dijo en seguida la madre, temerosa de que el parecido acabase por ser excesivo.

El artista se vio premiado con sonrisas, dinero, elogios, un sincero apretón de manos, invitaciones a comer... En una palabra, que lo colmaron de atenciones. El retrato causó sensación en la ciudad. La señora lo exhibió a sus amigas y todas se maravillaron del arte con que el pincel había sabido conservar el parecido y, al mismo tiempo, darle belleza al original. La última observación, naturalmente, no carecía de un leve matiz de envidia. Y, de repente, Chartkov se vio abrumado de encargos. Cualquiera hubiese dicho que la ciudad entera quería hacerse retratar por él. La campanilla sonaba a cada momento. Por un lado, aquello

podía ser bueno, ya que le brindaba la oportunidad de practicar constantemente con multitud de rostros distintos. Por desgracia eran personas a las que resultaba muy difícil amoldarse: gente falta de tiempo, muy ocupada o perteneciente a la alta sociedad, lo que significa más ocupada que todos los demás y, por tanto, en extremo impaciente. Todos a una, pedían que el trabajo fuese bueno y que lo terminara pronto. Persuadido de que era absolutamente imposible esmerarse, optó por recurrir sólo a la destreza de la mano y la agilidad del pincel. Había que captar tan sólo el conjunto, tan sólo la expresión general, sin profundizar en la sutileza de los detalles. En una palabra, era de todo punto imposible reproducir fielmente la naturaleza del modelo. A esto se debe añadir que todos los retratados tenían pretensiones de lo más diversas. Las señoras exigían que, en esencia, sólo representara el alma y el carácter en los retratos y pasara por alto lo demás, que suavizara las facciones demasiado acusadas y disimulara las imperfecciones o incluso las evitara a ser posible. O sea, que el rostro inspirara admiración por no decir apasionamiento. En consecuencia, al posar adoptaban a veces expresiones que sorprendían al artista: una procuraba dar a su rostro aire melancólico, la otra soñador y la tercera se empeñaba en achicar la boca y la fruncía hasta el extremo de convertirla en un punto del tamaño de la cabeza de un alfiler. Con todo eso, aún pedían que cuidara el parecido y la naturalidad de la actitud. Los caballeros no les iban a la zaga a las señoras. Uno quería que lo pintara con un giro de cabeza altivo y enérgico; otro, mirando hacia arriba con inspiración; un teniente de la Guardia exigía que en sus ojos se viera al dios Marte; un funcionario civil tendía a dar la rectitud y la nobleza mayores a su rostro y pedía que una de sus manos descansara sobre un libro, en cuya portada se pudiera leer sin esfuerzo: “Siempre abogó por la verdad”. Al principio, aquellas exigencias atosigaban al pintor porque había que reflexionar en ellas y darles una solución, siendo muy exiguo el plazo que le

concedían. Hasta que dio con el quid y se acabaron todas sus preocupaciones. Con dos o tres palabras se percataba de lo que quería aparentar uno. Al émulo de Marte, le ponía a Marte en el rostro; a quien le daba por Byron, lo sacaba en actitud y gesto byronianos. Cuando las señoras deseaban ser una Corina, una Ondina o una Aspasia, él accedía a todo de buen grado y añadía de su cosecha una buena dosis de aire virtuoso, que nunca está de más, como es sabido, y, en ocasiones, consigue incluso que se le perdone al artista la falta de parecido. Pronto llegó a maravillarse él mismo de la destreza y la celeridad prodigiosas que había adquirido. En cuanto a los retratados, como es natural, quedaban encantados y lo proclamaron un genio.

Chartkov se convirtió en un pintor de moda en todos los aspectos. Asistía a comidas, acompañaba a las señoras a las galerías de arte e incluso al paseo, vestía con suma elegancia, declaraba públicamente que el pintor debe pertenecer a la alta sociedad, que debe mantener dignamente el prestigio de su título de artista; decía que los artistas vestían como zapateros, que no sabían comportarse con urbanidad, ignoraban las reglas de conducta en sociedad y carecían de toda cultura. Impuso la pulcritud y el orden más estrictos en su casa y en su estudio, tomó dos lacayos impresionantes, se hizo con elegantes discípulos, cambiaba de traje varias veces al día, llevaba el pelo rizado, se dedicó a perfeccionar las distintas maneras de recibir a los clientes y perfilar a toda costa su exterior, a fin de producir buena impresión a las señoras. En una palabra, que al poco tiempo no había modo de reconocer al humilde pintor que un día trabajara, ignorado, en su tugurio de la isla de Vasílievski. De los artistas y del arte opinaba ahora severamente: afirmaba que a los pintores antiguos se les atribuían demasiadas virtudes; que todos los prerrafaelistas pintaban arenques en lugar de personas; que la idea de la presencia de cierto halo de santidad en torno a ellos no era más que una figuración de los que estudian sus obras; que

ni aun era perfecto todo lo que había pintado Rafael, y que muchas de sus obras conservaban la fama sólo por tradición; que Miguel Angel era un jactancioso porque su único empeño consistía en alardear de sus conocimientos de anatomía, que sus cuadros carecían de gracia y que únicamente ahora, en nuestro siglo, se debía buscar la brillantez, el vigor y el colorido auténticos. Como es natural, después de estas parrafadas, terminaba refiriéndose a sí mismo.

—Yo, la verdad, no comprendo el esfuerzo que han de emplear algunos para sacar adelante un cuadro —decía—. En mi opinión, el hombre que se afana durante meses sobre un lienzo es un laborioso, pero no un pintor. No me convencerán de que tiene talento. El genio crea con audacia y rapidez. Yo, por ejemplo —solía explicar a los visitantes—, pinté este retrato en dos días; esta cabeza, en un día; este cuadro, en unas horas, y este otro, en poco más de una hora. No, la verdad..., confieso que no reconozco como arte lo que se va produciendo trazo a trazo... Eso sera oficio, pero no arte.

Así hablaba a las señoras y a los caballeros que lo visitaban, que se admiraban de la fuerza y la agilidad de sus pinceles y hasta lanzaban exclamaciones de asombro al enterarse de la rapidez con que creaba sus obras y, luego, comentaban entre ellos: “¡Es un talento, un verdadero talento! ¡Mire usted cómo habla, cómo le brillan los ojos! *Il y a quelque chose d'extraordinaire dans toute sa figure!*”

A Chartkov le halagaban esos comentarios. Cuando las revistas le dedicaban elogios, se alegraba como una criatura, aunque esos elogios los había comprado con su dinero. A todas partes iba provisto de la revista en cuestión y, como quien no quiere la cosa, la mostraba a conocidos y amigos, procurándose así la más ingenua de las satisfacciones. Crecía su fama y aumentaba el número de encargos. Empezaban a hastiarle los retratos siempre iguales y los rostros cuyo giro y cuya expresión eran ya pura

rutina. Los pintaba sin gran interés, limitándose a esbozar mal que bien la cabeza y dejando que sus discípulos se encargaran del resto. Antes, por lo menos, intentaba encontrar alguna actitud nueva, de impresionar con el vigor de su pintura. Ahora hasta eso lo aburría. Tenía la mente fatigada de tanto inventar y discurrir. Ni estaba ya al alcance de sus fuerzas ni disponía de tiempo para hacerlo. Su existencia de frivolidades y la sociedad donde procuraba desempeñar el papel del hombre de mundo lo alejaban mucho del trabajo y de la reflexión. Su pincel se enfriaba, se embotaba, y él se recluyó insensiblemente en un mundo de formas invARIABLES, acotadas y gastadas hacía ya tiempo. Los rostros monótonos, fríos, siempre rígidos e impenetrables de funcionarios, militares y civiles no le daban mucho campo al pincel, que llegó a olvidar los suntuosos drapeados, los trazos enérgicos de la pasión. En cuanto a los grupos, el drama artístico y su elevado desenlace estaban descartados. Sólo tenía que enfrentarse con un uniforme, un corsé o un frac, prendas que dejan helado al artista y secan la imaginación. Sus obras habían perdido ya las cualidades más corrientes y, sin embargo, gozaban todavía de fama, aunque los entendidos y los verdaderos artistas se limitaban a encogerse de hombros ante sus últimos trabajos. Y algunos que habían conocido antes a Chartkov no lograban explicarse cómo había llegado a desaparecer un talento que apuntaba ya con brillantez en sus comienzos, ni de qué manera podían extinguirse las dotes de un hombre que acababa de entrar en la plenitud.

Pero, embriagado por el éxito, el artista no escuchaba esos comentarios. Llegaba ya a la época en que la inteligencia y los años dan compostura, había empezado a tomar peso y a ensanchar a ojos vistas. En los periódicos y en las revistas leía ya su nombre acompañado de epítetos halagadores: “Nuestro respetable Andréi Petróvich”, “Nuestro mérito Andréi Petróvich”. Empezaban ya a ofrecerle cargos honoríficos e invitaciones para formar parte de comités y jurados de exámenes. Como siempre

ocurre al pasar los años, ya iba inclinándose mucho por Rafael y los maestros antiguos, no porque se hubiera persuadido de su gran valor, sino para zaherir a los artistas jóvenes. Como todos los que entran en esa edad, empezaba ya a reprochar a la juventud su amoralidad y su descarrío espiritual. Empezaba ya a creer que todo se hace de una manera muy sencilla en este mundo, que la inspiración no viene de arriba y que todo debe obedecer a la rigurosa ordenación de la meticulosidad y la uniformidad. En una palabra, su vida rayaba ya en la época en que se consume dentro del hombre todo lo que representa el ímpetu, en que el arco poderoso no hace vibrar tanto las cuerdas del alma ni embarga el corazón con sus notas sonoras, cuando el contacto con la belleza no convierte ya las fuerzas vírgenes en fuego y llamada, sino que todos los sentidos, embotados ya, se hacen más accesibles al sonido del oro, prestan oído más atento a su sugestiva melancolía y poco a poco, insensiblemente, le permiten que los aletargue completamente. La gloria no puede causar deleite a quien la ha usurpado y no merecido; sólo estremece de emoción al que es digno de ella. Por eso, todos los sentimientos y los anhelos de Chartkov se encauzaron hacia el oro. El oro se convirtió en su pasión, su ideal, su temor, su deleite y su meta. Los fajos de billetes se multiplicaban en las arcas y, como le sucede a todo aquel a quien la suerte le depara ese terrible don, fue tornándose tedioso, inaccesible a todo lo que no fuese oro, avaro sin motivo, atesorador impenitente, a punto ya de convertirse en uno de esos extraños seres que abundan en nuestra insensible alta sociedad y que el hombre de corazón y lleno de vida contempla con espanto porque le parece que son féretros de piedra que se mueven con un cadáver dentro en lugar de corazón. Sin embargo, un acontecimiento vino a causarle una fuerte conmoción y a despertar todas sus fibras vitales.

Un buen día encontró encima de su mesa una nota de la Academia de Bellas Artes invitándole, como digno miembro de

la misma, a emitir su juicio sobre cierta obra enviada desde Italia por un pintor ruso que perfeccionaba allí su arte. Se trataba de un antiguo compañero de Chartkov. Enamorado del arte desde muy temprana edad, se consagró a él con toda su alma y todo el ardor de una naturaleza laboriosa y, apartándose de los amigos, los familiares y los hábitos entrañables, corrió allí donde, bajo un cielo esplendoroso, cuaja un magnífico vivero de arte, a la divina Roma, cuyo solo nombre hace latir con tanta fuerza y plenitud el ardiente corazón del artista. Allí, auténtico ermitaño, se dedicó al trabajo y al estudio sin dejar que nada lo distrajera. No se preocupaba de si criticaban su carácter, su carencia de don de gentes y su desdén por las conveniencias sociales o la humillación sufrida por el gremio de los artistas, debido a su indumentaria pobre y sin pretensiones. No le importaba que sus colegas se enfadasen con él o no. Todo lo desdeñó y se entregó de pleno al arte. Visitaba infatigablemente los museos y se pasaba horas frente a los lienzos de los grandes maestros, buscando y siguiendo la huella de los prodigiosos pinceles. No daba por terminado ninguno de sus trabajos sin contrastarlo una y otra vez con aquellos geniales pintores y sin buscar en las obras creadas por ellos un tácito pero elocuente consejo. No participaba en las charlas y las discusiones acaloradas ni estaba a favor o en contra de los puristas. Rendía equitativamente a cada cosa el debido tributo, extrayendo de todo tan sólo lo que tenía de hermoso, y terminó por elegir al divino Rafael como único maestro, imitando al poeta-artista que, después de leer un sin número de obras de todo género, llenas de encanto y de sublime belleza, se queda por fin como libro de cabecera con la *Iliada* de Homero, convencido de que contiene cuanto se puede desear y de que no existe cosa que no quede reflejada en ella de manera profunda y perfecta. Esta escuela le proporcionó, a cambio, un grandioso concepto de lo que es la acción de crear, una hermosa amplitud de pensamiento y el sublime encanto de un pincel divino.

Al entrar en el salón, Chartkov encontró ya multitud de visitantes reunidos ante el cuadro. Reinaba un profundísimo silencio, cosa muy poco frecuente en las reuniones de críticos. Chartkov adoptó al instante el aire grave de un entendido y se acercó cuadro. ¡Dios de los cielos! ¿Qué estaba viendo?

La obra de aquel pintor se le aparecía semejante a una desposada, pura, inmaculada y hermosa. Descollaba sobre todas las cosas, discreta, divina, candorosa y sencilla como el genio. Se hubiera dicho que las celestiales figuras bajaban pudorosamente su bellas pestañas, sorprendidas de que tantas miradas se clavasen en ellas. Los expertos contemplaban con involuntario asombro la obra de aquel pincel nuevo, desconocido. Todo parecía juntarse allí: la escuela de Rafael, reflejada en la nobleza de las actitudes, y la escuela de Correggio, palpitante en la depurada perfección de la pincelada. Pero lo más impresionante era la fuerza de la inspiración, innata en el alma del artista, que saturaba cada uno de los objetos representados en el cuadro, donde la ordenación y la fuerza interna estaban plenamente logradas. En todo había sido captada la fluida redondez de líneas propia de la Naturaleza, sólo visible para el artista capaz de crear y que el copista traduce en ángulos. Podía verse cómo el artista había recogido primero en su alma todo lo que absorbió del mundo exterior, para lanzarlo luego, desde ese manantial del espíritu, en forma de canción armoniosa y solenne. Hasta los profanos veían claramente el insondable abismo que existe entre la creación y la simple copia de la Naturaleza. Era casi imposible expresar el gran silencio en que estaban sumidos involuntariamente cuando clavaban los ojos en el cuadro. No se escuchaba ni un roce, ni un susurro. Entre tanto, el cuadro se hacía más sublime por instances, se desgajaba de todo en una creciente y maravillosa luminosidad, hasta convertirse, en ese instante, fruto de un pensamiento venido del cielo, del que la vida humana es sólo un preludio. Las lágrimas pugnaban por brotar de los ojos de las personas congre-

gadas ante el cuadro. Se hubiera dicho, que todos los gustos, con todas sus audaces o erróneas desviaciones, se fundieran en un tácito himno a la divina obra. Chartkov permanecía inmóvil y boquiabierto ante el cuadro y sólo se recobró cuando visitantes y críticos rompiendo su silencio, se pusieron a comentar las virtudes de la obra y, finalmente, le pidieron a él su opinión. Quiso adoptar un aire natural de indiferencia y emitir el juicio corriente y trivial de los artistas estancados, eso de: “Sí, naturalmente... Es cierto... No se le puede negar el talento... Tiene algo... Se nota que algo ha querido expresar... Sin embargo, en lo que se refiere a lo principal.”, y, desde luego, añadir algunos de esos elogios que apabullan a cualquier artista. Eso quería hacer, pero las palabras expiraron en sus labios. En su lugar, brotaron atropelladamente las lágrimas y los sollozos y escapó de allí como un loco.

Durante cosa de un minuto, permaneció quieto e insensible en medio de su espléndido estudio. Todas sus fibras y toda su vida despertaron dentro de él instantáneamente, igual que si hubiera vuelto a su juventud, igual que si se encendieran de nuevo las chispas extinguidas de su talento. Había caído de repente la venda que cubría sus ojos. ¡Dios! ¡Había sacrificado despiadadamente, los mejores años de su juventud! ¡Había destruido y apagado la chispa de un fuego que quizá alentaba en su pecho, que quizá hubiera alcanzado ahora plenitud de grandeza y hermosura, que quizá hiciera brotar también lágrimas de asombro y gratitud! ¡Y lo había destruido todo, lo había destruido sin la menor compasión! Creyó sentir que, de golpe y repentinamente, revivían en su alma todos los afanes y los ímpetus experimentados en tiempos. Tomó un pincel y se aproximó a un lienzo. El sudor del esfuerzo perló su rostro. Todo en él era deseo de dar vida a una idea; quería representar un ángel caído. Era la idea que mejor recordaba con su estado de ánimo. Pero, ¡ay!, las figuras, las actitudes, los grupos y las ideas iban apareciendo

forzados e incoherentes. El pincel y la imaginación estaban ya excesivamente acotados, y el estéril impulso de romper barreras y las trabas impuestas por ellos mismos sólo conducía a incorrecciones y errores. Había desdeñado la larga y fatigosa escalera del estudio paulatino y de las leyes primordiales en que se basa toda gran creación futura. Embargado por la contrariedad, mandó sacar del estudio todas sus últimas obras, todos los cuadros de moda carentes de vida, los retratos de húsares, grandes damas y consejeros de Estado. Dio orden de no franquear la puerta a nadie y, recluso en su estudio, se entregó de pleno al trabajo con la paciencia de un joven principiante, de un aprendiz. Pero ¡con qué implacable ingratitud pagaba sus esfuerzos lo que salía de sus pinceles! Lo frenaba a cada paso la ignorancia de los elementos más rudimentarios. Un mecanismo simple e insignificante helaba cualquier impulso y alzaba una barrera infranqueable para la imaginación. Mecánicamente, el pincel volvía a las formas troqueladas: las manos adoptaban la posición acostumbrada, la cabeza no osaba tomar un giro nuevo y hasta las vestiduras se rebelaban y repetían los pliegues de siempre, en lugar de amoldarse a una postura nueva del cuerpo. Y Chartkov lo notaba, se daba perfecta cuenta de ello.

Al fin se preguntó: “Pero ¿tenía yo realmente talento? ¿No me engañaría?” Con este pensamiento se acercó a sus obras primeras, pintadas con tanta pureza y tanto desinterés en el pobre tugurio de la apartada isla de Vasílievski, lejos de la gente, de la abundancia y de las vanidades. Al acercarse ahora a ellas se puso a observarlas con atención, al tiempo que resurgía en su memoria toda su humilde vida de entonces.

—Pues si —profirió desesperado—. Tenía talento. En todo esto se ven sus indicios y sus huellas.

Se interrumpió de pronto, estremecido de pies a cabeza; sus ojos habían tropezado con otros ojos clavados fijamente en él. Eran los del extraño retrato comprado en Schukin Dvor. Había

estado oculto detrás de otros cuadros que se amontonaron encima y Chartkov no había vuelto a acordarse en él. Ahora, una vez retirados del estudio los retratos y las pinturas a la moda que lo llenaban, emergía aquél con sus obras de juventud. La furia estuvo a punto de adueñarse de su alma al recordar toda la insólita historia, al recordar que, en cierto modo, aquel misterioso retrato fue la causa de su metamorfosis, que el tesoro legado a sus manos de forma tan milagrosa despertó en él todos los afanes vanidosos que malograron su talento. Mandó retirar inmediatamente el odioso retrato. Sin embargo, su inquietud espiritual no se calmó por eso: todos sus sentimientos y todo su ser estaban conmovidos hasta lo más profundo y, entonces, conoció ese angustioso tormento que, como sobrecogedora excepción, se da a veces en la Naturaleza cuando un talento mediocre se esfuerza por mostrarse en una dimensión superior a la suya y no lo consigue; ese tormento que en el joven engendra algo grande, pero que se convierte en ansia estéril para quien ha rebasado el límite de sus sueños; este terrible tormento que empuja al hombre a cometer tremendos delitos. Se apoderó de él un espantoso sentimiento de envidia, de envidia rayana en el frenesí. La bilis le acudía al rostro cuando veía una obra mareada por el sello del talento. Rechinando los dientes, la devoraba con ojos de basilisco. Su alma engendró el plan más diabólico que nadie había concebido y se lanzó a ponerlo en práctica con demencial energía. Se dedicó a adquirir lo mejor que se producía en pintura. Compraba un cuadro a un precio fabuloso, lo llevaba con todo cuidado a su estudio y, una vez allí, arremetía contra él con la furia de un tigre y lo rompía, lo desgarraba, lo cortaba en pedazos y lo pateaba riendo de placer. La gran fortuna que había acumulado le proporcionaba los medios necesarios para satisfacer aquel deseo infernal. Desató todos los sacos de oro y abrió todos sus cofres. Ningún monstruo de ignorancia destruyó jamás tantas hermosas creaciones como destruyó ese rencoroso furibundo.

Su presencia en una subasta hacía perder a los demás toda esperanza de adquirir una obra de arte. Se hubiera dicho que el cielo enojado había enviado expresamente a este mundo aquel terrible azote para arrebatarse toda armonía. Su maligna pasión imprimió a su rostro el aire repelente de la bilis siempre revuelta. La repulsa y la negación del mundo se reflejaban en sus facciones. Parecía como si en él hubiera encarnado el terrible demonio tan perfectamente descrito por Pushkin. Sus labios no proferían más que palabras venenosas y eternas censuras. Andaba por las calles semejante a una arpía, y hasta sus conocidos, al divisarlo de lejos, procuraban escabullirse y eludir un encuentro que, según decían, había de bastar para amargarles el resto del día.

Por fortuna para el mundo y para las artes, una vida tan tensa y violenta no podía durar mucho: la dimensión de las pasiones era demasiado desproporcionada y descomunal para sus escasas fuerzas. Los accesos de furia y demencia empezaron a menudear, degenerando al fin en la dolencia más espantosa. Una fiebre altísima, unida a una tisis galopante, lo atacaron de tal modo que, al cabo de tres días, no era más que su sombra. A esto vinieron a sumarse todos los síntomas de una locura irreversible. En ocasiones, varios hombres no bastaban para sujetarlo. Empezaron a alucinarle los ojos vivientes y ya olvidados del extraño retrato, y su locura llegaba al paroxismo en esos momentos. Todas las personas que veía junto a su lecho se le antojaban repeticiones del espantoso retrato, que se desdoblaba y se multiplicaba ante sus ojos hasta ver todas las paredes cubiertas de retratos que clavaban en él sus ojos quietos y vivos. El médico que se había encargado de asistirlo y que algo había oído de su peregrina historia se esforzaba en vano por hallar un misterioso vínculo entre las visiones que lo asaltaban y los sucesos de su vida. El enfermo no comprendía ni sentía nada más que sus sufrimientos y sólo exhalaba alaridos desgarradores y palabras incoherentes. Finalmente se le escapó la vida en un úl-

timo y ya mudo acceso de dolor. Su cadáver daba miedo. Nada se pudo encontrar de sus fabulosas riquezas. Pero el uso que había hecho con ellas quedó evidente para los que vieron, destrozadas y hechas jirones, tantas obras maestras, cuyo valor ascendía a muchos millones.

SEGUNDA PARTE

HABÍA UN GRAN NÚMERO DE CARRUAJES ESTACIONADOS frente al portal de una casa donde se subastaban ciertas pertenencias de uno de esos acaudalados amantes de las artes que se pasan la vida en un dulce sueño, rodeados de céfiros y cupidos, con fama de mecenas sin la menor culpa por su parte, gastando cándidamente para ello millones acumulados por sus afanosos padres y, a menudo, incluso gracias a su propio esfuerzo en los comienzos. Sabido es que esos mecenas ya no existen y que nuestro siglo XIX ha adquirido, hace tiempo, la aburrida fisonomía del banquero que se deleita con sus millones únicamente en forma de guarismos estampados en el papel. Llenaba el largo salón una multitud heterogénea de visitantes, que habían acudido como aves de rapiña a devorar el cadáver insepulto. Había toda una flotilla de comerciantes rusos del Gostini Dvor, e incluso del baratillo, vestidos con levitas azules de corte alemán. Allí tenían un porte y una expresión más altivos y desenvueltos y no mostraban esa empalagosa obsequiosidad tan característica del comerciante ruso ante el cliente cuando está

en su tienda. Allí no se mostraban apocados, aunque en la misma sala había muchos aristócratas ante los cuales, en otro lugar, habrían sido capaces de barrer con sus reverencias el polvo traído por sus botas. Allí se portaban con todo desahogo, palpaban tranquilamente los libros y los cuadros para cerciorarse de la calidad del género y pujaban audazmente sobre los precios que ofrecían condes u otros títulos entendidos en la materia. Abundaban los asiduos de las subastas que, en lugar de almuerzo, practicaban la visita diaria a uno de esos lugares; los aristócratas entendidos, que no pierden ocasión de ampliar sus colecciones y no tienen nada mejor que hacer de doce a una y, por último, esos nobles caballeros de traje raído y bolsa ligera que acuden todos los días con absoluto desinterés y el único fin de ver cómo terminan las pujas, quién ofrece más y quién ofrece menos, quién vence a quién y se queda con tal o cual objeto. Numerosos cuadros estaban repartidos sin orden ni concierto entre muebles y libras que ostentaban el anagrama de su antiguo propietario, aunque éste no hubiera sentido nunca, quizá, la loable curiosidad de hojearlos. Jarrones chinos, mármoles de mesa, muebles nuevos y viejos de líneas redondeadas, con adornos de grifos y esfinges y patas de garra de león, unos dorados y otros no, arañas de cristal y quinqués... Todo ello amontonado, y no con la disposición que se suele presentar en los comercios. En conjunto, un auténtico caos de objetos de arte. Por lo general, una subasta causa siempre una sensación deprimente: todo en ella recuerda un poco a unos funerales. La sala donde se realiza suele ser un poco tétrica. Las ventanas, tapadas por muebles y cuadros, vierten una luz parca, el silencio reinante da una expresión especial a los rostros, y el que lleva la subasta y pega los consabidos golpes con su maza parece cantar con voz fúnebre un responso a las pobres artes que se han encontrado allí de forma tan sorprendente. Todo ello acentúa la extensa sensación de desagrado.

La subasta parecía estar en todo su apogeo. Una apiñada

multitud de personas serias se disputaba a porfía cierto objeto. Desde todas partes brotaba la palabra “rublos, rublos, rublos”, sin darle tiempo al subastador a repetir las cantidades ofrecidas, que cuadruplicaban ya el precio de salida. La pugna de aquel gentío giraba en torno a un retrato ante el cual no habría pasado de largo nadie que tuviese una mínima noción de arte. Revelaba con evidencia la maestría del artista. Aparentemente restaurado y remozado varias veces, representaba a un oriental de facciones cetrinas, ropas holgadas y expresión singular y extraña, aunque lo que más sobrecogía a quienes lo rodeaban era la inusitada viveza de los ojos. Cuanto más se fijaban en ellos, más parecían penetrar en el interior de cada uno. La atención de casi todos los presentes se centraba en aquella peregrina peculiaridad y en la intrigadora argucia del artista. La mayoría de los competidores habían abandonado el empeño, pues las ofertas alcanzaban ya una cifra exorbitante. La disputa sólo continuaba entre dos ilustres aristócratas amantes de la pintura, que no querían en modo alguno renunciar a aquella adquisición. Muy acalorados, probablemente habrían elevado sus ofertas hasta lo inverosímil si uno de los presentes no hubiera pronunciado de pronto:

—Permítanme interrumpirles por un momento, pero es posible que yo tenga más derecho que nadie a este retrato.

Sus palabras hicieron que todos los presentes se fijaran en él. Se trataba de un hombre esbelto, de unos treinta y cinco años, con el cabello largo, negro y rizado. Las facciones, agradables, resplandecientes de sosiego, revelaban un alma ajena a todas las angustiosas conmociones mundanas. En su vestir no se notaba ninguna pretensión de seguir la moda: todo en él denotaba al artista. Se trataba, en efecto, del pintor B., a quien muchos de los presences conocían en persona.

—Por extrañas que es parezcan mis palabras —prosiguió, viendo que la atención general estaba fijada en él—, quizá reconozcan que tengo derecho a pronunciarlas si se dignan escuchar una

pequeña historia. Todo me hace creer que éste es un retrato que ando buscando.

En todos los rostros se pintó una curiosidad muy natural, y el propio subastador se quedó con la boca abierta y el mazo en la mano levantada, dispuesto a escuchar. Al principio, muchos volvían involuntariamente la mirada hacia el retrato; pero luego, a medida que aumentaba el interés del relato, no tuvieron ya ojos más que para el narrador.

Todos ustedes conocen la parte de la ciudad llamada Kolomna —comenzó el desconocido—. Allí nada es igual que en las otras partes de San Petersburgo: no es provincia ni es la capital. Al entrar en las calles de Kolomna tiene uno la impresión de que lo abandonan todos los anhelos y los impulsos de la juventud. Hasta allí no penetra el futuro; allí todo es silencio y retiro; allí está todo el sedimento del ajetreo de la ciudad. Allí se mudan los funcionarios jubilados, las viudas y gente modesta que, habiendo tenido algo que ver con el Senado, se condena a morar en ese sitio casi de por vida; cocineras que dejaron de servir y se pasan el día husmeando por el mercado, que charlan tonterías con el dueño de alguna tiendecita y compran a diario cinco *kopeks* de café y cuatro de azúcar y, por último, toda esa clase de gente a la que se suele llamar gris porque su ropa, su rostro, sus cabellos y sus ojos les dan el color desvaído y ceniciento de los días en que no hay en el cielo tormenta ni sol, sino que reina un ambiente indefinido y la niebla se difunde quitando todo relieve a los objetos. Se puede incluir también a varias categorías de jubilados, como conserjes de teatro, consejeros titulares o émulos de Marte con un ojo menos o un labio medio partido. Son personas carentes de pasiones: caminan sin posar la mirada en nada y callan sin pensar en cosa alguna. Su menaje es escaso. En ocasiones todo se reduce a un frasco de vodka ruso puro, cuyo contenido van apurando monótonamente a lo largo del día sin que su cabeza experimente el impacto provocado por una de esas fuertes dosis

que suele absorber los domingos el joven menestral alemán, campeador de la calle Meschánskaia y dueño absoluto de la acera cuando pasa de medianoche.

La vida en Kolomna es sumamente recoleta: rara vez aparece un carruaje, como no sea el que usan los actores, que altera el silencio general con su estrépito, su crujido y su rechinar. Por allí todo el mundo anda a pie. Si acaso, pasa un coche de punto, por lo general sin cliente, cargado con una brazada de paja para el barbudo jamelgo. En Kolomna se puede encontrar alojamiento por cinco rublos al mes, incluyendo el café de por la mañana. Las viudas que disfrutan de una pensión constituyen allí la aristocracia. Observan una digna conducta, barren a menudo su habitación y comentan con las señoras amigas suyas la carestía de la carne de vaca y de las coles. Con frecuencia tienen una hija jovencita, criatura dócil y callada, incluso linda a veces, un perrillo odioso y un reloj de pared cuyo péndulo va y viene con triste tic-tac. Siguen luego los actores, cuyos emolumentos no les permiten alojarse en otra parte que en Kolomna, individuos enemigos de cualquier traba, como todos los artistas, que viven para el placer. Andan por casa en bata, dedicados a reparar una pistola o a fabricar diversos objetos de cartón que pueden ser de utilidad en el hogar, juegan a las damas o a los naipes con algún amigo que se acerca por allí, y así pasan la mañana, haciendo casi lo mismo por la tarde, con el solaz de un ponche de vez en cuando. Aparte de estos magnates y aristócratas de Kolomna, lo demás es morralla y gente de poca monta. Denominarlos a todos resultaría tan difícil como enumerar la multitud de bichejos que genera el vinagre ya pasado. Hay viejas que se entregan a la beatería y viejas que se entregan a la bebida, hay viejas que hacen las dos cosas y viejas que subsisten con medios inverosímiles, llevando a cuestas, como las hormigas, trapos y ropa vieja desde el puente de Kalinkin hasta el baratillo para venderlos por quince *kopeks*... En una palabra, suele verse allí al estrato más

infortunado del género humano, seres cuya suerte no hallaría medio de aliviar ni un especialista en economía política bien intencionado.

He hablado de ellos para hacerles ver a ustedes la frecuencia con que estas personas se encuentran en la necesidad de buscar una ayuda urgente y temporal, solicitando algún préstamo. Por eso se instala también allí una clase especial de usureros, que proporcionan pequeñas cantidades bajo fianza o imponiendo un fuerte rédito. Estos prestamistas de poca monta suelen ser mucho más desalmados que cuantos trabajan a mayor escala, porque surgen en medio de la pobreza y los míseros harapos evidenciados sin recato, cosa que no ve el usurero rico, acostumbrado a tratar tan sólo con personas que vienen a visitarlo en carruaje propio. Por eso, en el alma de los primeros expira muy pronto cualquier sentimiento humano. Entre estos prestamistas había uno... Pero no estaría de más explicarles a ustedes que este suceso ocurrió el siglo pasado, concretamente bajo el reinado de la emperatriz Catalina II. Ya comprenderán que, tanto el aspecto de Kolomna, como el género de vida de sus habitantes, han sufrido un cambio considerable. Pues bien, como iba diciendo, había entre los usureros uno que residía desde hacía ya bastante tiempo en aquella parte de la ciudad y que era un ser especial en todos los aspectos. Vestía holgado atuendo oriental y su tez oscura delataba al hombre sureño, aunque nadie habría podido decir a ciencia cierta cuál era su nacionalidad ni si se trataba de un indio, un griego o un persa. Su estatura aventajada, casi excesiva, el color inconcebiblemente repulsivo del rostro cetrino, enjuto y atezado, el fulgor inusitado de los grandes ojos y las cejas hirsutas que los sombreaban lo diferenciaban fuerte y netamente de todos los habitantes de color ceniza de la capital. Tampoco su vivienda se parecía a las habituales casitas de madera, sino que era un edificio de piedra del estilo de los muchos que construyeron en tiempos los mercaderes genoveses, con

ventanas de forma irregular y distinto tamaño, provistas de postigos metálicos y cerrojos. Este prestamista se diferenciaba de los demás por el hecho de que a cualquiera podía proporcionarle la cantidad que solicitara, lo mismo si se trataba de una anciana indigente o de un cortesano derrochador. Delante de su casa se veían a menudo los carruajes más lujosos, por cuya portezuela asomaba a veces la cabeza de una encopetada dama de la alta sociedad. Decía la fama que sus cofres de hierro estaban repletos de dinero, joyas, brillantes y objetos empeñados. Sin embargo, no tenía la codicia propia de otros usureros. Prestaba sin hacerse de rogar y a plazos aparentemente muy ventajosos, aunque, mediante ciertas extrañas operaciones aritméticas, hacía ascender los réditos a sumas astronómicas. Al menos eso decía la fama. Sin embargo, lo más chocante, lo que por fuerza sorprendía a muchas personas, era la extraña suerte que corrían cuantos tomaban prestado dinero suyo: ninguno moría de muerte natural. Nadie ha llegado a saber si se trataba de habladorías, de absurdos rumores supersticiosos o de infundios deliberadamente propagados. Lo cierto es que, en poco tiempo, se sucedieron a la vista de todos varios hechos asombrosos.

Entre la aristocracia de entonces empezaba a destacar el hijo de una de las mejores familias que, desde muy joven, se había distinguido en el servicio del Estado. Ferviente admirador de todo lo verdadero y sublime, celoso campeón de cuanto han producido el arte y la mente humana, prometía llegar a ser un mecenas. Pronto fue distinguido por la propia soberana, que le confió un cargo importante, muy acorde con sus propias aficiones, desde donde podía hacer un gran aporte al progreso de la ciencia y al bienestar general. El joven magnate se rodeó de pintores, poetas y científicos. Se afanaba por ponerlo todo en marcha y promoverlo todo. Costeó de su bolsillo la publicación de muchas obras útiles, hizo gran cantidad de encargos e instituyó numerosos premios de incentivación, invirtiendo en todo ello

tanto dinero que al final se arruinó. Movido por su noble impulso, no quiso abandonar la obra emprendida, buscó dinero aquí y allá, hasta que fue a dar con el prestamista en cuestión. Le tomó prestada una cantidad considerable y, en poco tiempo, cambió radicalmente se dedicó a detractar y perseguir cualquier manifestación de la inteligencia o del talento, a buscar el lado flaco de cada obra y a tergiversar cada palabra. La Revolución francesa, que para mayor desdicha estalló por entonces, puso de pronto en sus manos un instrumento que utilizó para cometer toda clase de villanías. En cada cosa empezó a ver una tendencia o una alusión revolucionaria. Su suspicacia llegó a tal grado que comenzó a dudar de sí mismo, se dedicó a fabricar horribles delaciones falsas y causó la desgracia de un sinfín de personas. Huelga decir que los rumores de tales acciones habían de llegar por fin a palacio. La benévola soberana se horrorizó y, con la nobleza de espíritu que es patrimonio de la realeza, pronunció palabras que, aunque no han podido llegar hasta nosotros en forma literal, dejaron impresa en muchos corazones su profunda significación. La emperatriz señaló que las monarquías no sofocan los sublimes impulsos del alma, ni desdeñan o persiguen las creaciones del entendimiento, de la poesía o de las artes; que, por el contrario, únicamente los monarcas han sido protectores; que los Shakespeare y los Molière florecieron bajo su benévolo amparo, mientras que Dante no pudo encontrar ni un rincón en su patria republicana; que los genios verdaderos surgen en las épocas de esplendor y poderío de los soberanos y sus Estados y no en las épocas de monstruosos fenómenos políticos y terrorismos republicanos, los cuales no han dado al mundo ni un solo poeta hasta el presente; que se debe ensalzar a los poetas y los artistas porque lo que vierten en el alma es paz y sosiego maravilloso y no inquietud y protesters; que los científicos, los poetas y los que producen obras de arte son, de hecho, perlas y brillantes de la corona imperial: con ellos se embellece y adquiere mayor

esplendor la época de un gran soberano. En una palabra, que la emperatriz estaba divinamente hermosa al pronunciar estas frases. Recuerdo que los ancianos no podían recordarlas sin lágrimas en los ojos. Todos se interesaron por el asunto. En honor de nuestro orgullo nacional —se debe señalar que el corazón ruso alberga siempre el hermoso sentimiento de solidaridad con el oprimido. El joven aristócrata que había defraudado la confianza puesta en él fue severamente castigado y destituido. Pero un castigo aún más horrible era el desprecio general y profundo que leía en los rostros de sus compatriotas. No es posible describir el padecimiento de su alma vanidosa: el orgullo, la ambición frustrada y las esperanzas perdidas se fundieron en un todo, y la existencia del joven aristócrata se extinguió en medio de espantosos accesos de demencia y de furia.

Todo el mundo fue también testigo de otro caso sorprendente: entre las mujeres hermosas que abundaban entonces en nuestra capital norteña había una que se llevaba indiscutiblemente la palma. Era una maravillosa fusión de nuestra belleza nórdica y la belleza del mediodía, una de esas gemas que rara vez salen a la luz. Mi padre confesaba que jamás había visto en su vida nada semejante. Todo parecía haberse juntado en ella: la riqueza, la inteligencia y el encanto espiritual. Tenía multitud de pretendientes y entre ellos descollaba el príncipe R., joven de rancia nobleza, el mejor de todos y el de mayor atractivo, tanto por sus facciones como por sus magnánimos impulsos caballerosos: el supremo ideal de las novelas y de las mujeres, un grandison en todos los aspectos. El príncipe R. estaba apasionado y locamente enamorado y era correspondido con un amor igual de ardiente. Pero a los familiares de la joven no les parecía el príncipe R. un buen partido. Sus heredades no le pertenecían hacía ya tiempo, la familia había caído en desgracia y todo el mundo conocía el mal estado de su hacienda. De pronto, el príncipe se ausentó de la capital para ordenar sus asuntos, según

dijo, y al poco reapareció con un boato y un lujo inverosímiles. El esplendor de sus bailes y sus fiestas lo hizo famoso en la corte. El padre de la hermosa joven se humanizó y la ciudad presenció una boda por todo lo alto. Nadie podía probablemente explicarse el origen de aquel cambio y de la inaudita riqueza del novio, pero a sus espaldas se rumoreaba que se había puesto en tratos con un misterioso usurero, obteniendo de él un fuerte préstamo. Fuera como fuera, el caso es que la boda dio que hablar en la ciudad entera, siendo ambos desposados objeto de la envidia general. Todo el mundo estaba enterado de su ardiente y constante amor, de la prolongada incertidumbre por la que había pagado la pareja y de los grandes méritos de los dos. Las mujeres apasionadas imaginaban ya los placeres paradisíacos de que gozarían los recién casados. Sin embargo, todo resultó de muy distinta manera. En el transcurso de un año se produjo en el marido un cambio tremendo. Aquel magnífico y noble carácter fue atacado por el veneno de los celos, la suspicacia, la intolerancia y los incesantes saltos de humor. Se convirtió en tirano y verdugo de su mujer y llegó —cosa que nadie habría podido imaginar— a las actitudes más inhumanas, incluso a los malos tratos. Al cabo de un año nadie podía reconocer a la mujer que tanto había brillado poco antes, rodeada de una corte de rendidos admiradores. Finalmente, cuando no pudo ya soportar tan dura suerte, fue la primera en hablar de divorcio. Esa sola idea puso tan furioso al marido que, en un primer ramalazo de frenesí, irrumpió en la habitación de su esposa empuñando un cuchillo, y allí la habría apuñalado si los criados no lo hubieran impedido sujetándolo. Entonces volvió el cuchillo hacia él en un rapto de locura y desesperación y puso fin a su vida después de una espantosa agonía.

Aparte de estos dos casos, ocurridos a la vista de toda la sociedad, se hablaba de otros muchos, protagonizados por personas de las clases más humildes y que casi todos tuvieron un

trágico desenlace. En uno se trataba de un hombre honrado y sobrio que se había dado a la bebida; en otro, de un dependiente que desvalijaba al dueño del comercio; en otro más, de un cochero que, habiendo cumplido con probidad su cometido durante años, apuñalaba a un cliente para robarle unos céntimos. Era imposible que el relato de tales sucesos, corregido y aumentado a veces, no difundiera cierto irreprimible pánico entre los humildes habitantes de Kolomna. Nadie ponía en duda la presencia de una fuerza demoníaca dentro de aquel prestamista. Se decía que imponía para sus préstamos condiciones que ponían los pelos de punta y que el desdichado deudor no se atrevía jamás a contar a nadie; que su dinero poseía propiedades magnéticas, se recalentaba solo y llevaba impresos unos signos extraños..., en fin, que corrían toda clase de absurdos rumores. Y lo asombroso era que toda esta población de Kolomna, todo este mundo de ancianas indigentes, pequeños empleados y pequeños artistas, o sea, la morralla a la que aludíamos antes, se resignaba a padecer y soportar la miseria más extrema antes de recurrir al terrible usurero. Hubo incluso ancianas que fallecieron de inanición, prefiriendo sacrificar su cuerpo pero salvar su alma. Sentían un pánico instintivo al cruzarse con el prestamista por la calle. El transeúnte retrocedía con cuidado y, luego, aún volvía muchas veces la cabeza para mirar la silueta, tan increíblemente larga, que se perdía a lo lejos. De por sí, su aspecto era ya tan inusitado que a cualquiera le hacía atribuirle una existencia sobrenatural. Los rasgos duros, más acentuados de lo que suele tener cualquier persona, el intenso color bronceado del rostro, el exagerado espesor de las cejas, los ojos horripilantes e insoportables y hasta los anchos pliegues de su atuendo oriental parecían decir que todas las pasiones de las demás personas resultaban pálidas en comparación con las que se agitaban dentro de aquel cuerpo. Mi padre, siempre que se cruzaba con él, se quedaba paralizado y no podía reprimir una exclamación:

—¡El demonio! ¡Es el demonio en persona!

Creo que ha llegado el momento de hablarles de mi padre, pues, de hecho, a su historia se debe que yo me encuentre aquí.

Mi padre, hombre notable en muchos aspectos, era un pintor como hay pocos, uno de esos prodigios que sólo Rusia engendra en sus entrañas inagotables, un autodidacto que sin maestros ni escuela, halló en su interior las leyes y los cánones que necesitaba, guiado tan sólo por, su afán de perfeccionamiento, y que, por motivos que quizá ignorase él mismo, siguió el único camino que le señalaba el alma; uno de esos genios natos a quienes los contemporáneos motejan a veces de “ignorantes”, pero que no se desalientan por los vituperios ajenos ni los reveses propios, sino que sacan de ellos una energía y un celo mayores y que, en el fondo, están ya muy lejos de las obras que les valieron el título de ignorantes. Tenía un supremo instinto para percibir la presencia de una idea en cada objeto; descubrió él solo el auténtico significado del concepto “pintura histórica”; alcanzó a comprender por qué se puede llamar pintura histórica a una simple cabeza y la razón de que un simple retrato de Rafael, Leonardo da Vinci, el Tiziano o Correggio pueda ser también calificado de pintura histórica, mientras un enorme lienzo de tema histórico no pasa de ser un *tableau de genre* a despecho de todas las pretensiones del autor. Cierta sensación íntima y sus propias convicciones guiaron su pincel hacia los temas religiosos, grado supremo y definitivo de lo sublime. No le aquejaban la ambición ni la irascibilidad, rasgos tan inveterados en muchos pintores. Bajo una envoltura algo áspera, tenía el carácter firme y honrado de un hombre franco, incluso tosco, no carente de cierto orgullo del alma, que juzga a las personas con indulgencia y rigor al mismo tiempo.

—¿Para qué voy a hacerles caso? —solía decir—. Al fin y al cabo, no trabajo para ellos y mis cuadros no irán a parar a ningún salón, sino que se colocarán en una iglesia. Quien me compren-

da me lo agradecerá, y el que no por lo menos rezará a Dios. A un hombre de mundo no se le puede reprochar su desconocimiento de la pintura. En cambio, entiende de naipes, conoce los buenos vinos y los caballos... ¿Qué más necesita saber un *barin*? Si se le ocurriera probar sus habilidades aquí y allá, empezaría a dárselas de entendido y nos amargaría la vida. A cada cual lo suyo y que cada uno se ocupe de lo que le incumbe. Para mí, preferible es la persona que confiesa sinceramente no entender alguna cosa y no el hipócrita que habla como entendido de algo que ignora y, con ello, no hace más que envilecerlo y estropearlo todo.

Mi padre cobraba por su trabajo un precio muy módico: lo estrictamente necesario para el sustento de su familia y seguir pintando. Además, en ninguna ocasión se negaba a prestar su ayuda al prójimo ni a ofrecer su mano amiga a un pintor necesitado. Creía en la sencilla y piadosa fe de los antepasados y quizá fuera esa la razón de que, en los rostros pintados por él, apareciera de modo natural la elevada expresión a la que no logran llegar brillantes artistas de talento. Finalmente, la perseverancia en el trabajo y el tesón con que seguía el camino que se había trazado empezaron a granjearle el respeto, incluso de aquellos que lo habían tildado de ignorante y de autodidacto casero. Recibía muchos encargos de las iglesias y nunca le faltaba trabajo. Uno de ellos lo tuvo ocupado mucho tiempo. No recuerdo exactamente cuál era el tema, pero en el cuadro debía figurar el espíritu de las tinieblas. Mi padre meditó largamente acerca del aspecto que le daría, pues era su deseo revelar en su rostro todo lo que agobia al hombre. Mientras meditaba de esta manera, algunas veces cruzaba por su mente la imagen del misterioso prestamista y se decía, aun sin querer: “Ese sí que me serviría de modelo para el demonio”. Imagínense ustedes su sorpresa cuando, un día, mientras estaba trabajando en su estudio, oyó llamar a la puerta y, al instante, se presentó el horrible usurero. Notó que un estremecimiento le recorría el cuerpo.

—¿Eres tú el pintor? —preguntó sin más preámbulos el recién llegado.

—Sí, soy yo —contestó mi padre extrañado, en espera de lo que vendría después.

—Bien. Hazme un retrato. Quizá me muera pronto y, como no tengo hijos, no quiero desaparecer del todo: quiero seguir viviendo de algún modo. ¿Puedes hacerme un retrato en el que salga exactamente igual que soy en la vida?

“¿Qué mejor ocasión? —pensó mi padre—. El mismo viene a ofrecerse para hacer de demonio en mi cuadro.” Y aceptó. Se pusieron de acuerdo sobre las horas de las sesiones y el precio. Al día siguiente, mi padre estaba ya en casa del prestamista, provisto de paleta y pinceles. Le produjeron una singular sensación los altos muros que rodeaban el patio, los perros guardianes, las puertas metálicas y los cerrojos, las ventanas de medio punto, los cofres recubiertos de tapices antiguos y, en fin, el propio dueño de todo aquello, un extraordinario sujeto sentado delante de él sin hacer un movimiento. Las ventanas parecían obstruidas a propósito por toda clase de objetos, de modo que sólo dejaban pasar la claridad a través de la parte alta. “¡Demonios, qué buena luz tiene ahora el rostro!”, pensó mi padre, y se puso a pintar, ávidamente, temiendo que desapareciera la iluminación favorable. “¡Qué vigor! —repetía para sus adentros—. Si acierto, aunque sólo sea a medias, a sacarle tal y como lo tengo ahora, impresionará más que todos mis santos y mis ángeles, que se quedarán pálidos a su lado. ¡Qué fuerza diabólica! Va a salirse del cuadro a poco que yo logre aproximarme a la realidad. ¡Qué facciones tan extraordinarias!”, no cesaba de repetir, redoblando en su celo y viendo ya cómo iban revelándose en el lienzo algunos rasgos. Sin embargo, cuanto más parecido iba dándoles, más se acentuaba en mi padre una sensación penosa y alarmante que no podía entender. A pesar de todo, hizo el firme propósito de captar con la máxima exactitud hasta lo menos perceptible de los

rasgos y la expresión. Se esmeró, sobre todo, en los ojos. Encebaban tanto vigor que parecía vana pretensión querer reproducirlos con exactitud, tal y como eran en realidad. De todas maneras, se empeñó en descubrir hasta las líneas y los matices ínfimos y desentrañar su secreto. Pero apenas le dio libertad al pincel para penetrar y profundizar en ellos, invadieron su alma una repulsión tan inusitada y una angustia tan incomprensible que hubo de suspender el trabajo por algún tiempo. Luego volvió a él, pero acabó por hacérsele insoportable: notaba que los ojos pintados se le metían en el alma y le causaban una inconcebible desazón, que fue en aumento al segundo día y más al tercero. Sintió pavor. Abandonó el pincel y declaró terminantemente que no podía seguir con el retrato. Hubo que ver la alteración del misterioso prestamista al escuchar las palabras de mi padre. Se arrojó a sus pies suplicándole que terminase el retrato, diciendo que de ello dependían su suerte en el mundo, que mi padre había recogido ya sus rasgos vivos en el lienzo y, si acertaba a reproducirlos con fidelidad, su vida perduraría en virtud de una fuerza sobrenatural en el retrato, que de ese modo él no moriría totalmente y que necesitaba seguir presente en el mundo. Estas palabras aterraron a mi padre: le parecieron tan insólitas y espantosas que tiró la paleta y los pinceles y huyó a escape de la habitación.

El recuerdo de lo ocurrido lo tuvo desazonado el resto del día y la noche entera. A la

mañana siguiente, una mujer que era la única sirvienta del prestamista le trajo de su parte el retrato a mi padre con el recado de que su amo lo rechazaba, que no daba nada por él y se lo devolvía. Por la tarde de aquel mismo día, mi padre se enteró de que el usurero había fallecido y ya estaban preparando el sepelio según el rito de su religión. Todo aquello le pareció inusitadamente anómalo.

A partir de entonces se produjo un cambio notable en el

carácter de mi padre: lo aquejó un estado de inquietud y desasosiego, cuya causa no podía explicar ni él, mismo, y pronto comió una acción que nadie habría esperado de él.

Hacia algún tiempo que los trabajos de uno de sus discípulos empezaban a llamar la atención de un pequeño grupo de entendidos y aficionados. Mi padre apreciaba su talento y por eso lo distinguía en modo especial. Súbitamente, empezó a envidiarlo. No podía soportar las simpatías generales que se había granjeado y los elogios de que era objeto. Finalmente, y para mayor mortificación, se enteró de que a ese discípulo le habían encargado un cuadro para una suntuosa iglesia recién abierta al público. Aquello lo hizo estallar.

—¡No consentiré que triunfe ese mocoso! —exclamó—. ¡Quia, amiguito! ¡Muy pronto pretendes tú revolcar a los viejos en el lodo! A Dios gracias, todavía me quedan fuerzas. Ya veremos quién hunde a quién.

Y ese hombre, noble y honrado en el fondo, recurrió a intrigas y maquinaciones que siempre le habían repugnado hasta conseguir que se sacara a concurso el cuadro en cuestión y también pudieran presentar sus trabajos otros pintores. Después de lo cual se recluyó en su estudio y empuñó con ardor los pinceles, en los que parecía querer concentrar todas sus fuerzas y todo su ser. El resultado fue una de sus mejores creaciones. Nadie dudaba de que ganaría el concurso. En comparación con el suyo, los demás cuadros presentados se diferenciaban tanto como la noche del día. Pero, de pronto, uno de los miembros del jurado allí presentes, hombre de iglesia si no me equivoco, hizo una observación que causó el asombro general.

—El cuadro de este pintor revela, desde luego, mucho talento —dijo— pero los rostros carecen de santidad y, por el contrario, hay incluso algo demoníaco en los ojos, como si un sentimiento impuro hubiese guiado la mano de su autor.

Todos se volvieron hacia el cuadro y hubieron de reconocer

la justeza de aquellas palabras. Mi padre se abalanzó al lienzo para cerciorarse también del acierto de tan agravante observación y vio, con espanto, que a casi todas las figuras les había puesto los ojos del prestamista. Y no pudo reprimir un estremecimiento frente a su modo de mirar, tan apabulladoramente diabólico. El cuadro fue rechazado y mi padre hubo de oír, con inconcebible despecho, que la palma había sido para su discípulo. Sería imposible describir el estado de furor en que llegó a casa. Estuvo a punto de maltratar a mi madre, a los hijos nos echó del estudio, rompió los pinceles y el caballete, descolgó el retrato del usurero, pidió un cuchillo y ordenó encender la chimenea, dispuesto a despedazar el lienzo y quemarlo luego. En este punto le sorprendió la entrada de un amigo, pintor como él, hombre jovial y siempre eufórico, que no se obsesionaba con aspiraciones excesivas y que, si trabajaba con alegría en todos los encargos que le hacían, con mayor alegría enfocaba una comida o una cuchipanda.

—¿Qué haces? ¿Qué vas a quemar? —preguntó, y se acercó al retrato—. Oye, ¡pero si ésta es una de tus mejores pinturas! Representa al prestamista que murió hace poco y es una obra perfecta. No te anduviste por las ramas, sino que te volcaste de golpe en los ojos. Nunca han mirado unos ojos pintados como miran los de este cuadro tuyo.

—Pues ahora quiero ver cómo miran cuando están ardiendo —replicó mi padre haciendo ademán de arrojar el cuadro a la chimenea.

—¡Detente, por Dios! —exclamó el amigo sujetándolo—. Será mejor que me lo des a mí si tanto te ofusca verlo.

Mi padre se resistió al principio, pero al cabo accedió, y su eufórico colega se llevó, encantado, el cuadro a su casa.

Cuando se fue, mi padre se sintió de pronto más sosegado, como si la ausencia del retrato le hubiera quitado de encima un peso que le oprimiera el alma. El mismo se hacía ahora cruces

recapacitando en su inquina, su envidia y el cambio evidente de su carácter. Al considerar su comportamiento, se afligió profundamente y dijo muy pesaroso:

–Ha sido un castigo de Dios. Tenía merecida la afrenta que he sufrido con mi cuadro. Está ideado para hundir a un colega. El diabólico sentimiento de envidia guió entonces mi mano y, por eso, un sentimiento diabólico tenía que reflejarse en el lienzo.

Fue inmediatamente en busca de su antiguo discípulo, lo abrazó, le pidió perdón y procuró borrar su culpa en lo posible. Su trabajo volvió al cauce sosegado de siempre. Sin embargo, en su rostro aparecía con mayor frecuencia un aire meditabundo. Rezaba más que antes, también se le veía más a menudo pensativo y no era tan tajante en sus juicios acerca de las personas. Incluso se suavizó la aparente brusquedad de su carácter. Al poco tiempo, cierta circunstancia vino a impresionarlo más todavía. Hacía bastante que no veía al jovial pintor que se llevó el retrato y pensaba hacerle una visita cuando él mismo se presentó inesperadamente en el estudio. Después de intercambiar algunas frases con mi padre, dijo el visitante:

–Amigo mío, con razón querías tú quemar ese retrato. El diablo sabrá lo que es, pero algo raro hay en él. Yo no creo en brujerías, pero te digo que está empecatado.

–¿Qué, quieres decir? –preguntó mi padre.

–Verás: nada más colgarlo en mi casa, sentí una especie de angustia, algo así como si quisiera degollar a alguien. Empecé a padecer de insomnio, yo que no he sabido en mi vida lo que era eso, y a tener unos sueños... Bueno, la verdad es que ni yo mismo podría decir si se trataba de pesadillas o de alguna otra cosa: era como si un duende intentara ahogarme y, además, no cesaba de aparecérseme el maldito viejo. En fin, que no podría explicarte mi estado. Jamás me había ocurrido nada igual. Todos estos días he andado como fuera de mis casillas, con un vago temor, un

desagradable presentimiento. Notaba que era incapaz de decirle a nadie una palabra afable y sincera y algo así como si me rondara un espía. Y sólo después de regalarle el retrato a un sobrino que lo quería, he notado como si me hubieran quitado un peso de encima y, según puedes ver, ha recobrado la alegría. Lo que has fabricado, amigo mío, es un demonio.

Mi padre escuchó su relato con sostenida atención y luego preguntó:

–¿Y conserva tu sobrino el retrato?

–¡Qué va a conservarlo! No lo pudo resistir. Se le habrá metido dentro el alma del usurero, porque el retrato se sale del marco, anda por la casa... Lo que cuenta mi sobrino es sencillamente inconcebible y yo lo habría tomado por loco al oírlo si, en parte, no lo hubiese experimentado yo también. Mi sobrino lo vendió a un coleccionista, pero tampoco pudo soportarlo y se ha deshecho de él vendiéndolo a no sé quién.

Este relato le produjo una fuerte impresión a mi padre. A fuerza de cavilar cayó en la hipocondría y, al fin, llegó a persuadirse totalmente de que su pincel había servido de instrumento diabólico, de que parte de la vida del usurero había pasado, en efecto, de alguna manera al retrato y ahora soliviantaba a la gente con inspiraciones demoníacas, apartando del buen camino a los pintores, haciéndoles padecer el horrible martirio de la envidia, etcétera, etcétera. Tuvo por castigo del cielo tres desgracias sucesivas que le alcanzaron al poco tiempo –la muerte repentina de su esposa, de su hija y de un hijo de corta edad– y tomó la decisión irrevocable de retirarse del mundo. En cuanto yo cumplí los nueve años, me hizo ingresar en la Academia de Bellas Artes y, después de liquidar cuentas con sus acreedores, se recluyó en una cartuja, donde no tardó en tomar los hábitos. Allí sorprendió a toda la comunidad por su vida austera y la rigurosa observancia de las reglas monásticas. Enterado del arte con que manejaba los pinceles, el superior le pidió que pintara la imagen

que presidiera la iglesia. Pero el humilde monje dijo rotundamente que él no era digno de volver a tomar el pincel, que su pincel estaba profanado y que, antes de acometer semejante obra, debía purificar su alma con el trabajo y grandes penitencias. No quisieron forzar su voluntad. Mi padre fue imponiéndole, en la medida de lo posible, un ascetismo aún mayor a su vida monástica que, incluso, así, acabó por parecerle insuficientemente severa. Entonces, para encontrarse completamente solo, con la bendición del superior, se retiró a un lugar desierto. Vivía en una cabaña que se construyó con ramas, se alimentaba de raíces crudas, llevaba piedras a cuevas de un lado a otro y, desde la salida del sol hasta su ocaso, permanecía en constante oración, firme en un mismo sitio con los brazos levantados hacia el cielo. En una palabra, procuró llegar a ese máximo grado de humildad y de penitencia del que sólo hallamos ejemplos, si acaso, en la vida de los santos. Mortificó su cuerpo de esta manera a lo largo de varios años, al mismo tiempo que lo reconfortaba con la sabia vivificadora de la plegaria. Un día volvió por fin a la cartuja y le dijo con decisión al superior:

—Ahora estoy preparado. Haré mi trabajo, si Dios lo quiere.

Eligió como tema el nacimiento de Jesús. Un año entero invirtió en pintarlo, sin salir de su celda, alimentándose con extrema frugalidad y en constante oración. Al cabo de ese tiempo, el cuadro estaba terminado. Era una auténtica maravilla y, aunque el superior y los hermanos no tenían grandes nociones de pintura, todos quedaron asombrados del halo de santidad de las imágenes. El sentimiento de humildad y dulzura que reflejaba el semblante de la purísima madre inclinada sobre el niño, la profunda madurez de la mirada de la divina criatura, que parecía vislumbrar ya algo en el futuro, el solemne recogimiento de los Reyes, de hinojos a sus pies y admirados ante el milagro celestial y, por último, el inefable y fervoroso sosiego que respiraba el cuadro se revelaban con un vigor tan armonioso y una belleza

tan prepotente que producían una impresión mágica. La comunidad entera se hincó de rodillas ante la nueva imagen y el superior dijo conmovido:

—No; no es posible que un hombre pinte un cuadro como éste sólo con ayuda del arte humano. Tu pincel ha sido guiado por una suprema fuerza sagrada y la bendición de los cielos ha descendido sobre tu obra.

Por aquella época me graduó en la Academia con Medalla de Oro, lo que representaba la grata esperanza de un viaje a Italia, suprema ilusión para un pintor de veinte años. Sólo me faltaba despedirme de mi padre, de quien llevaba doce años separado. Confieso que incluso sus facciones se habían borrado de mi recuerdo hacía tiempo. Algo había oído acerca de su vida austera y devota y pensaba encontrarme frente a la ruda apariencia de un ermitaño, ajeno a todo lo terrenal como no sean su celda y sus oraciones, extenuado y consumido por el ayuno y las vigiliadas constantes. ¡Cuál no sería mi sorpresa al hallarme delante de un anciano majestuoso, casi divino! En su rostro no había ni una huella de agotamiento, sino que resplandecía con la luminosidad del goce celestial. La barba de nieve y el cabello suave, casi etéreo y del mismo tono plateado, cubrían su pecho y los pliegues de su sotana negra hasta el cordón que ceñía su humilde hábito monástico. Sin embargo, lo que más me admiró fueron las palabras y los pensamientos sobre el arte que salieron de su boca. Confieso que los conservaré en el alma durante largo tiempo y quisiera sinceramente que cada uno de mis colegas hiciera lo mismo.

—Te esperaba, hijo mío —me dijo cuando me inclinó para recibir su bendición—. Ante ti se abre el camino por donde transcurrirá tu vida desde ahora. Es un camino limpio. No te apartes de él. Tienes talento y el talento es el don más valioso que nos concede Dios. No lo malogres. Investiga y estudia todo lo que veas, reproducélo con tus pinceles, pero procura encontrar en

cada cosa su sentido interno y, más que nada, afánate por descubrir el gran misterio que es la creación. Bienaventurado el elegido que llega a penetrarlo. Para él no existe objeto vil en la Naturaleza. El artista capaz de crear conserva su grandeza en lo ínfimo y en lo sublime. Gracias a él, lo ruin pierde su ruindad, pues deja traslucir insensiblemente el alma hermosa de quien lo ha creado y alcanza ya una elevada expresión, porque ha pasado por el purgatorio de ese alma. Para el hombre, la intuición del divino paraíso celestial está en el arte, y ese solo hecho coloca ya al arte por encima de todas las cosas. Y tantas veces como la paz solemne está por encima de la destrucción, tantas veces como el ángel, sólo por la pura inocencia de su alma luminosa, está por encima de todas las incalculables fuerzas y las soberbias pasiones de Satanás, otras tantas veces está la sublime creación del arte por encima de cuanto existe en el mundo. Sacrifícalo todo al arte y ámalo con toda tu pasión, pero no con pasión que respire concupiscencia terrenal, sino con mansa pasión celestial. Sin ella no puede el hombre elevarse por encima de la tierra ni producir los maravillosos acordes del sosiego, pues la sublime creación del arte desciende al mundo para sosiego y reconciliación de todos. El arte no puede sembrar la protesta en el alma. El arte es una sonora plegaria que asciende eternamente hacia Dios. Pero hay momentos, momentos tenebrosos...

Mi padre se interrumpió, y yo observé que su rostro luminoso se ensombrecía de pronto como velado por una nube fugaz.

—En mi vida ocurrió un hecho... —Prosiguió luego—. Hoy es el día en que no he logrado comprender quién fue aquel extraño ser que yo retraté seguramente fue una aparición diabólica. Ya sé que el mundo niega la existencia del diablo y, por eso, no hablaré de él. Sólo diré que lo pinto con repulsión, que entonces no experimentaba ningún amor por mi trabajo. Me esforcé por dominarme y ser fiel al modelo con indiferencia y sobreponiéndome a todo. Aquello no era una obra de arte y, por ese motivo,

los sentimientos rebeldes e inquietos que inspira el cuadro a cuantos lo contemplan no son los sentimientos del artista, pues el artista respira sosiego incluso en los momentos de inquietud. Me han contado que el retrato en cuestión anda de mano en mano y siembra sensaciones angustiosas, despertando en el pintor un sentimiento de envidia y de sórdida animadversión hacia sus colegas y un ansia maligna de acosar y oprimir. ¡Que Dios todopoderoso te libre de esas pasiones! No las hay peores. Preferible es soportar toda la amargura de posibles persecuciones antes de hacerle sentir a otro ni sombra de acoso. Salva la pureza de tu alma. Quien ha recibido el don del talento debe tener el alma más pura que cualquiera. Muchas cosas que perdonarían a otros a él no se las perdonan. Al hombre que ha salido de casa con traje claro de fiesta, basta la mancha de barro que le salpica la rueda de un vehículo al pasar para que la gente lo rodee, lo señale con el dedo y hable de su desaliño. En cambio, esa misma gente no se fija en la multitud de manchas que llevan otros transeúntes vestidos de diario, porque las manchas no llaman la atención en la ropa de diario.

Mi padre me bendijo y me abrazó. Jamás en la vida me había remontado yo tanto. Más que amor filial fue veneración lo que me llevó a posar la frente en su pecho y besar las hebras de plata. Una lágrima brilló en sus ojos.

Ustedes dirán si no iba yo a prometer bajo juramento cumplir aquel ruego de mi padre. Jamás, en el transcurso de quince años, había tropezado yo con nada que se diera cierto aire a la descripción hecha por mi padre cuando, de pronto, aquí, en esta subasta...

El pintor interrumpió su frase en este punto para volver los ojos hacia la pared y mirar una vez más el cuadro. El mismo movimiento hizo al instante la multitud que lo rodeaba, buscando con los ojos el singular retrato. Para gran estupefacción de todos, ya no estaba en la pared. Un confuso murmullo de sor-

presa cundió entre el público antes de que brotaran las palabras: “Lo han robado.” Alguien se las había ingeniado para escamotearlo aprovechándose de que la atención general estaba pendiente del relato. Y todos los presentes siguieron perplejos un buen rato, dudando entre si habrían visto en realidad aquellos ojos extraordinarios o si se trataría sencillamente de una ilusión que pasó fugazmente ante sus ojos cansados de la larga contemplación de cuadros antiguos.